



LA VUELTA A LA NORMALIDAD

Todo está igual,
parece que fué ayer
el día que partí.
Con qué placer te vuelvo a ver.

(Música de "La Bruja").



UN AÑO ES POCO TIEMPO

en la vida de su hijito, Señora. — No tenga usted prisa para quitarle el pecho. Cuanto más prolongue la lactancia, tanto mejor para él — Si cree usted que el niño es demasiado exigente, ayúdese con la

Malta PALERMO

El Extracto preferible a todos

el auxiliar más poderoso para las madres en la crianza, 2 ó 3 copas diarias en la mesa o entre las comidas producen una rica y sana leche en abundancia. Vd. no notará ningún cansancio, bien al contrario, se sentirá vigorosa, alegre y feliz; su apetito será bueno y podrá satisfacer al bebé más exigente sin exponerse a empobrecer su sangre. Si dudara consulte a su médico o pídanos sus certificados.

A las jóvenes madres les recomendamos la lectura de nuestro librito "EL NIÑO EN SU PRIMER AÑO DE VIDA". Lo remitimos gratis y gustosos.

— EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS —

CERVECERÍA PALERMO, S. A. — BUENOS AIRES

EN MONTEVIDEO: Juan Musante, 25 de Mayo, 701

FRAY MOCHO

Año VIII

Buenos Aires 28 de enero de 1919

Núm. 353

La ausencia argentina en la conferencia de la paz.

Por fin, lo que tanto se temía y se anunciaba desde los tiempos luctuosos de la guerra, acaba de realizarse. La neutralidad egoísta, la indiferencia culpable ante la suerte de nuestros verdaderos amigos de Europa, ha dado sus frutos. Mientras las más pequeñas naciones sudamericanas levantan su personalidad en un realce legítimo, porque a su hora supieron solidarizarse con los defensores del derecho; mientras con el Brasil, justamente orgulloso del acierto de su política internacional, están representadas en la magna conferencia que hoy decide los destinos del mundo, nuestra gran Argentina, oficialmente desvinculada de la agrupación, se repliega en el aislamiento y en la incertidumbre del porvenir. Todo lo que de elocuente y de hermoso tuvo el discurso de M. Poincaré al inaugurar las sesiones, lo tuvo de descorazonador para los verdaderos patriotas argentinos; pues nuestro nombre, en la larga lista de pueblos que supieron cumplir con sus deberes para con la civilización, resulta excluido.

No podrá decir nadie, sin embargo, que la omisión se deba a la voluntad popular. Desde el primer día de la guerra, la voluntad de la nación, ruidosamente manifestada en la prensa, en el parlamento y en las reuniones democráticas, fué la de caluroso apoyo a los aliados. FRAY MOCHO, séanos permitido recordarlo, interpretó siempre fielmente estas ideas, las ideas tradicionales del pueblo argentino, defensoras de la existencia del derecho internacional a que debemos el ser como nación.

No sería digno de nosotros, sin embargo, el inclinarnos vergonzosamente ante los hechos consumados. Los responsables de la situación deben reaccionar, deben modificar su entenebrecido criterio, o quitar el banco...

Cosas divertidas que ponen los pelos de punta

Desde el fondo del Africa al corazón de América, y desde el Japón a Dinamarca, no hay un sólo país organizado en el mundo que no comprenda las ventajas morales y materiales de una eficaz representación en Londres. Hasta los bolshéviks de Rusia, enemistados con el orbe entero, se pirran por tener un hirsuto maximalista instalado en el barrio diplomático de la metrópoli británica, si no para que rivalice con los elegantes pichones de Balfours que allí pululan, al menos para tratar graves asuntos internacionales. El único gobierno civilizado, o semicivilizado, que no se paga de esta preocupación universal, es el nuestro, con la particularidad de que habiendo designado su representante hace ya meses, con todo género de ruidos y manifestaciones, no se decide a mandarlo, y, lo que es todavía más curioso, lo conserva muy

campechanamente donde nadie podría sospecharlo: al frente del ministerio de marina.

Ya resultó bastante extraño para la sencilla mentalidad popular el nombramiento de un agrónomo como al-

rra? ¡Qué pronto cayeron en olvido las famosas catilinarias contra las acumulaciones de empleos!

Y como la anomalía tiene singulares atractivos en las alturas, nadie se explica cómo nos hemos salvado

taba en su sitio, los proletarios amenazaban el orden, y el gobierno cuidaba de él. Hoy...

El país entero, el mundo civilizado, mejor dicho, con profunda estupefacción, supo no hace mucho dos cosas increíbles:

1.º que un ministro llamado por la Cámara a explicar los sucesos de la sangrienta huelga pasada, no tuviera nada que decir en apoyo de la ley de estado de sitio que se pensaba dictar justamente para garantizar el orden, y nada agregara de tranquilizador para el futuro.

Y 2.º que la tal declaración de tranquilidad pública la hiciera... ¿quién? ¿Otra rama del gobierno? No, una rama de la organización proletaria.

El pueblo no sabía a ciencia cierta si el movimiento anárquico estaba o no sofocado. Ciertos signos revelaban la afirmativa; pero la persistencia de la huelga en algunos gremios incitaban a la desconfianza. ¿Qué creer? Y he aquí que en ausencia de una declaración oficial, de cuatro palabras, siquiera, categóricas y formales, la Federación Obrera tuviera que llenar el vacío, y no de cualquier modo, y mucho menos de ese modo profundamente pintoresco de la literatura regeneradora, sino en un documento que, debe decirse, honra a sus autores.

Es un signo de la subversión extraordinaria de estos tiempos. Ahora lo único que nos falta es que la Casa Rosada se convierta en una fábrica de huelgas, y los obreros de las fábricas se pongan a cantar misa.

Palos de ciego

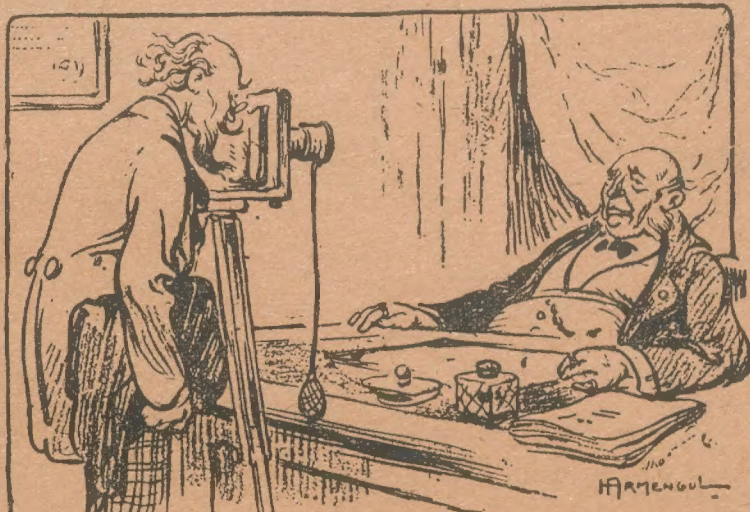
Los recientes movimientos obreros que tantas cosas nos han revelado, y de los cuales es de suponer habrán recibido no pocas provechosas enseñanzas nuestros hombres de gobierno, han puesto en exhibición incidencias verdaderamente curiosas. La huelga de la Federación Obrera Marítima, conflicto que a la hora de escribir estas líneas continúa sin resolver, ha servido para justificar una de aquellas: nos referimos a la clausura del balneario municipal.

La autoridad, temiendo que los obreros en huelga atacasen los depósitos de mercaderías o los galpones que contienen combustibles, situados en la zona portuaria, no halló otra medida que adoptar, para conjurar el peligro, que la de prohibir al público la entrada al balneario, a partir de las cinco de la tarde.

Esta disposición dictada precisamente cuando Buenos Aires disfruta la hermosa temperatura de treinta y ocho grados a la sombra, habrá podido, sin duda alguna, salvaguardar las materias inflamables, pero ha sido a costa del achicharramiento de los habitantes de la capital, quienes, por habérselos privado del baño reparador, vinieron a ser los que verdaderamente ardieron, por obra y gracia de la previsión oficial.

Pero no son estos los únicos inmolados en holocausto de los depósitos aduaneros. La medida de referencia

EN LA CASA ROSADA



—Quisiera que me sacara en actitud de trabajar.
—Perfectamente. Entonces haremos una instantánea.

mirante de la escuadra. No pareció menos digno de asombro, la designación del mismo profesional para ministro residente en Londres. Pero lo que lleva al colmo la estupefacción del buen pueblo, es que a pesar de aquello, el grande hombre reside en Buenos Aires y desempeña a la vez, al menos moralmente, los dos ministerios.

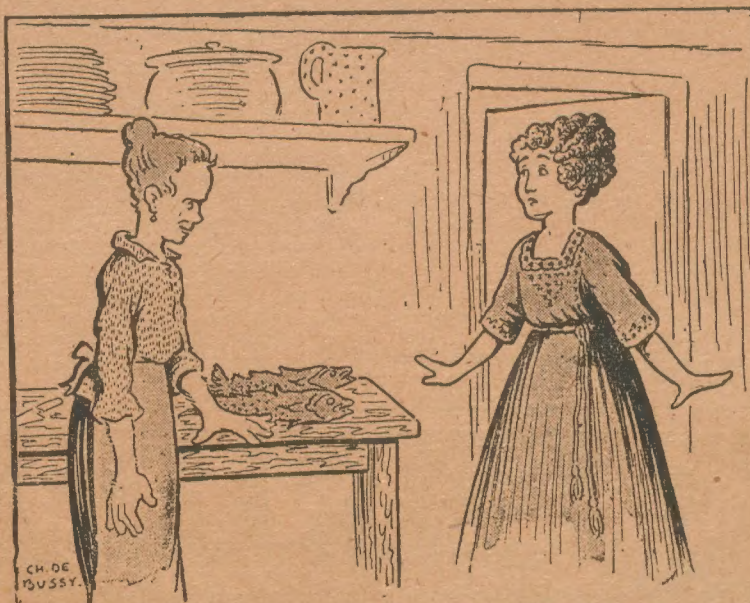
¿En qué quedamos? ¿Es ministro de marina? ¿Es ministro en Inglate-

de que el jefe de policía siga siendo al mismo tiempo interventor en Mendoza, ya que el de Correos lo es en Corrientes; y, a este paso, el arzobispo será pronto jefe de estado mayor, como el director de la banda municipal, miembro de la Suprema Corte.

Un signo de los tiempos

Ayer, en las abominables épocas del "régimen", cuando cada cosa es-

A LA MANTECA NEGRA



—¿Cómo! ¿hace meses que estamos comiendo pescado sin lavar?
—Pero señora! Yo creo que es inútil lavarlo, desde que se trata de animales que han estado siempre en el agua...

alcanzó también a hacer otras víctimas, que si a estas horas no se hallan completamente incineradas, deben, por lo menos, estarse cociendo en su propia salsa: aludimos a todos los comerciantes e industriales establecidos en los terrenos del balneario municipal, a los cuales se les bloqueó en debida forma, impidiendo el acceso de la clientela a sus respectivos negocios.

Estamos seguros de que más de un lector se dirá que si se trataba de proteger los depósitos de mercaderías, lo natural hubiera sido poner en éstos la vigilancia que impidiese la aproximación o acceso a los mismos, y dejar en paz al público que iba a bañarse o a tomar el fresco; pero a esto respondemos nosotros que hacer lo que siempre se hace en tales casos, ni hubiera tenido gracia alguna, ni nos hubiera proporcionado el divertido espectáculo de ver cómo se negaba a los ciudadanos sudorosos el derecho de remojar sus humanidades, y se impedía a los comerciantes la realización de sus operaciones, no obstante haber pagado las patentes e impuestos que les habilitan para semejante actuación.

Así, por lo menos, la cosa resulta original.

CRÓNICAS DE MAR DEL PLATA

Continúa el comentario de los sucesos que conmovieron al país durante los últimos días. Ese comentario se impone a falta de otro asunto y las conversaciones tornan, así, de una monotonía insoportable. Todos están de acuerdo en que hay que prevenir nuevos atentados aéreos y todos proponen medidas tendientes a ese fin. Todos hablan de las leyes que será necesario dictar y de las penas atroces que será menester estatuir para los que, de manera tan inicua, pretenden modificar las condiciones económicas de la sociedad actual.

El doctor Antonio Dellepiane, distinguido veraneante y profesor de sociología, que pasea por aquí su interesante persona, escucha todas las opiniones con la suficiencia propia de su alta prosapia intelectual. Después, sin reclamar estipendio alguno, pronuncia notables conferencias que dejan aborrotos a los que tienen la suerte de escucharlas. Sus oyentes son, casi siempre, los vendedores de frutas y mariscos que circulan por las inmediaciones de la Rambla. Los pobres hombres, sin entender un comino de lo que dice el maestro, parecen asentir, sin embargo. Cuando la disertación ha concluido, los discípulos toman la palabra para ofrecerle, en venta, frutas y mariscos. El maestro discute los precios y aunque, a veces, obtiene rebajas apreciables, jamás compra nada, arguyendo que su régimen alimenticio le obliga a privarse de tales manjares. El doctor Dellepiane se divierte a su modo enseñando al que no sabe.

Hay aquí muchas personas importantes cuya presencia conviene señalar. Una de éstas es el señor Adolfo Calvete, vecino de Belgrano, rematador de campanillas y director de la República (diario). Todos lo adulan. Saben, perfectamente, que tiene vara alta con el primer magistrado de la nación; saben que es uno de sus consejeros; saben, por último, que, si quiere, puede voltear el ministerio. Por eso se ve rodeado de una corte de amigos que lo asedian a pedidos. Calvete no descansa. Hay días en que no dispone ni del tiempo que reclama la lectura de los cincuenta o cien telegramas que el señor Irigoyen le dirige



en el curso de las 24 horas. ¡Pobre Calvete! Es muy bueno y es, además, un rematador de campanillas. Peracca le tiene una envidia negra porque sus relaciones sólo son con damas del viejo régimen y no cultiva, como su émulo, el trato con las altas personalidades de la causa.

Otra persona importante debe ser un señor alto que usa gorra de vaso desde que se inicia la temporada, todos los años. Y debe ser persona importante no tanto por la gorra de marra, que lo ha hecho popular, cuanto porque lleva, en todo momento, un libro en la mano del corazón. Alguien afirma que en esa mano tiene un ojo con el cual lee los volúmenes que le acompañan. No hemos podido verificar la exactitud de esta especie.

Dicen, además, que este señor de la gorra es profesor de gramática castellana. El conde Idoyaga Molina, que suele conversar con el personaje en cuestión, afirma que éste disimula muy bien la versación que se le atribuye.

Apareció un periódico de verano. Se llama "La Rambla" y resulta más aburrido que un solo del doctor Manuel Ignacio Moreno. "La Rambla" no ha logrado arrancar ni la más leve sonrisa. Luisito Estrada fué de los escasos lectores, el único que festejó al naciente colega. Hemos recogido el rumor de que es su redactor festivo. Sin embargo, se afirma que la responsabilidad corresponde a una sola

persona. No podemos creer, empero, que una sola persona haya hecho tanto.

El intendente de Mar del Plata es sordo como una tapia. Pero es un excelente funcionario. Si fuera tuerto sería ministro; pero él se conforma con ser sordo. Y hace bien.

Enviado Especial.

La Biblia en quinientas lenguas

Indiscutiblemente es la Biblia, entre todos los libros antiguos y modernos, el que ha sido traducido a mayor número de idiomas y dialectos. Una famosa institución británica fundada con el propósito de propagar las Santas Escrituras, la British and Foreign Bible Society, declara que, por su intermedio se ha traducido e impreso la Biblia en quinientos dialectos diferentes. De suerte que con todas esas ediciones distintas se podría formar una importante biblioteca constituida en realidad por un solo libro. Sin embargo, el mejor poliglota no podría leer más que una pequeña parte de esa biblioteca.

La sociedad nombrada es muy antigua. Hace un siglo había ya publicado setecientos mil ejemplares de la Biblia en diez y ocho lenguas diferentes entre las cuales se contaba las regionales de la Gran Bretaña, como el gaélico y el galense y otra tan lejana como la de los esquimales.

Al cabo de una generación el total de los libros impresos alcanzaba a veintisiete millones y comprendía ochenta lenguas distintas.

En la actualidad es difícil hallar en la superficie de la Tierra una nación o una tribu que no pueda leer la Biblia en su propio idioma.

En Asia, por ejemplo, hay biblias en idiomas manchú, diaka, carshuna, etc., es decir, en idiomas de los cuales ni siquiera el nombre conocen la mayor parte de las personas instruidas. En Africa poseen la Biblia en su propia lengua los mandinga, yorubios, hotentotes, cafres y otras muchas razas o tribus diferentes.

La muerte blanca

La muerte blanca ha despertado en muchas ocasiones la ironía de algunos cronistas. Se nos presenta a los alpinistas como acróbatas excéntricos que se dejan matar por "snobismo" y porque hablen de ellos. Nada más falso. Actualmente no queda en los Alpes ni una cumbre por conquistar; sólo invita a las ascensiones el amor a la montaña.

Deporte eminentemente bienhechor porque da resistencia física y moral, hábito de previsión y sangre fría y desprecio del peligro: cualidades todas que forman hombres y sin las cuales no es posible la vida, esto es lo que se aprende en la ruda escuela de la montaña; esto es lo que los turistas, cada vez más numerosos van a buscar a los Alpes.

La afición, el gusto del peligro no puede afearlo nadie; es la condición necesaria de todo progreso humano. Si los primeros navegantes no hubiesen tenido el pecho acorazado con el triple bronce de que habla Virgilio, si los aviadores no expusiesen valerosamente su vida, jamás hubiera podido el hombre surcar el agua y el aire con sus esquifes.

Además, han desaparecido muchas causas de catástrofes. La montaña se conoce, no sólo topográficamente sino en lo que pudiéramos llamar sus cóleras. Se conocen los lugares, las épocas, casi las horas en que se desprenden los aludes; los pasos peligrosos tienen carteles avisadores y muchos de ellos especialmente en Saboya y en Suiza están provistos de cuerdas, escalas y crampones.

Con el barómetro en baja no se debe intentar una ascensión, aunque parezca fácil el camino, y cuando se forma la niebla es preciso detenerse y esperar a que se disipe, cosa que en verano es cuestión de pocas horas.

El mal tiempo persistente produce también un resultado en el que no siempre se piensa: la disgregación de las rocas. Esto se observa sobre todo en las agujas que rodean el Mont Blanc.

Un excelente alpinista inglés, Mr. Humphrey Jones profesor de la Universidad de Cambridge fué en viaje de novios con su esposa a hacer ascensiones al Mont Blanc por la vertiente italiana. Al intentar escalar, una aguja (el Monte Rojo), cedió una roca bajo los pies del guía y rodó al abismo arrastrando a los tres desgraciados que iban atados a una cuerda.

En esta ocasión como en otras muchas, el guía jefe de Courmayeur había aconsejado que no se intentase la ascensión a causa del tiempo.

Hoy está muy facilitada la subida a las cimas más célebres. En primer lugar, existe la vía férrea que permite acercarse a los picos, cuando no llega hasta la misma cumbre. El macizo de Mont Blanc tiene dos líneas de cremallera. Suiza cuenta con un centenar de ferrocarriles de montaña, veinte de los cuales pasan de los 1.500 metros de altura y dos de 3.000. Cuatro horas bastan para llegar al célebre Jungfrau desde la estación de Jungfraujoch.

GENIO
CIGARROS TOSCANOS
INSUPERABLES
A 10 CENTAVOS

EL PARADERO DEL CONSEJO

—¿A quién podría recurrir en busca de consejo para tener éxito en los negocios?
—A los que han fracasado; los otros están demasiado ocupados para hablar de esas cosas.

TEMPERAMENTO ARMONIOSO

—Excelente muchacho nuestro amigo Carlos! Imagínate que el otro día cuando le pedí diez pesos prestados, se puso a silbar.

—¿Qué silbaba?
—Creo que una romanza de Tosti. "Adiós para siempre".

¿SERA VERDAD?

—Anoche cuando volviste—dijo la esposa con tono que amenazaba tormenta—el reloj daba las dos...

—Sí, querido—repuso el hombre bajando la

mirada—iba a dar las diez, pero yo lo hice parar en cuanto empezó a tocar para que el ruido no te despertara.

ESOS MEDICOS BRUSCOS

—¿Cómo le va, señora? ¿Qué le pasa?—preguntó el doctor.

—No sé... tengo una sensación de cansancio...

—A ver la lengua.

UN BUEN NEGOCIO

—Acabamos de hacer un excelente negocio—informó el presidente al directorio de la compañía.—Hemos adquirido la patente de una etiqueta para toda clase de mercaderías, que dice: "No made in Germany".

UNA CONDICIÓN

—¿Qué te dijo papá cuando le pediste mi mano?—preguntó la joven ansiosamente.

BOTINES PATRIOS



Aprietan pero cantan.

—En realidad no me rechazó, pero impuso una condición bastante severa.

—¿Cuál?

—Dijo que primero quería verme ahorcado.

PREGUNTA IMPORTANTE

El sargento encargado de la instrucción del pelotón había estado toda la mañana explicando bajo diversas formas y con toda clase de ejemplos, gestos y repeticiones, unos cuantos puntos de las obligaciones del soldado. Su oratoria parecía no tener fin, pues se había propuesto con entusiasmo convenir para siempre de lo que decía. Por último exclamó:

—¿Está claro, eh? ¿alguien quiere hacer alguna pregunta?

Entonces en la última fila un gordo grandote preguntó con voz desfallecida:

—Sargento, ¿cuándo vamos a comer?

POCO IMPORTA

—¡Mis felicitaciones! ¿De modo que te has comprometido con una de las mellizas de Martínez? Pero ¿cómo haces para distinguir una de otra?

—No sé, che: nunca he tratado de hacerlo.

CONFIDENCIAS DE AMIGAS

—Alfredo me ha dicho que soy tan encantadora...

—Y aun serías capaz de entregar tu porvenir a un hombre que ya desde novio te engaña...

GARANTÍA

—Pero, mamá!: ¿cómo puedes decir que no es un pretendiente serio?; ¿no viste la atención que puso cuando dije lo que me costaba el vestido?

UN BUEN NOMBRE

—Un buen nombre vale más que la riqueza,—afirmó sentenciosamente el padre.

—¿Te parece?

—¿Acaso lo dudas? ¿Qué preferirías: la riqueza o el buen nombre?

—Por ahora la riqueza. El nombre que tengo, Santiago, es bastante bueno para cualquiera.

A PEDIR DE BOCA

El cliente.—¿De modo que el juez me ha concedido dos mil pesos de indemnización?

El abogado.—Sí, señor; y no sabe usted la falta que me están haciendo.

RECHAZANDO UNA PICHINCHA

El vecino con dolor de cabeza.—¿Cuánto quiere usted por irse con la música a otra parte?

El músico ambulante.—Cincuenta centavos.

El vecino.—Es demasiado.

El músico.—¿Sí, eh? ¡Ya me dirá usted si es demasiado en cuanto toque la segunda pieza del programa!

EL
WHISKY
DUNCAN
ES MUY
BUENO

EL CHAMBELÁN

—¿Conocéis el país donde crecen el ciprés y el mirto, emblemas de amor y de terror; la tierra donde la hurañez del buitre y el amor de la tórtola se confunden en dulzura o se exaltan hasta el crimen? ¿Conocéis el país del cedro y de la viña donde las flores son siempre lujuriantes; los cielos siempre brillantes, donde el ala leve del céfiro en medio de los jardines de rosas, se dobla al peso de los perfumes; donde tan bellos son los frutos del limonero y del olivo, donde jamás enmudece la voz del ruiseñor; donde los colores de la tierra y las tonalidades del firmamento, aunque diferentes, rivalizan en belleza; donde una púrpura oscura colorea el océano; donde las vírgenes son suaves como las rosas que tejen enguirlandas; donde, excepto el espíritu del hombre, todas las cosas son divinas? Es el Oriente, la tierra del sol... Pero los corazones y los actos de los hombres son allí tan sombríos como la última despedida de dos amantes”...

Con este admirable preludio abra Byron las puertas de Oriente. Pero ese Oriente ya no es marco del turbante, ni del yatagán ni del “feradje”. La manufactura ha matado a

**¡Su niño enfermo
está estreñido!
Mírele la lengua.**

**Si está inquieto, febril o bilioso,
dele Jarabe de Higos
“California.”**

No importa lo que el niño tenga, un laxante suave, pero eficaz, debe ser siempre el primer tratamiento administrado.

Si el pequeño está indispuerto, enfermo, no descansa, no come o sus intestinos no funcionan bien, ¡fíjense, madres! a ver si la lengua del pequeño está sucia. Esto es evidentemente una señal de que el estómago, hígado o intestinos del niño están obstruidos con las heces. Cuando el niño esté mal humorado, irritado, febril, si tiene el estómago ácido, el aliento fétido, dolores de estómago, diarrea, mal de garganta, o resfriado, désele una cucharadita del Jarabe de Higos “California” y en pocas horas desaparecerán suavemente de sus pequeños intestinos todo el estreñimiento venenoso, la comida no digerida y las bilis ácidas, sin ocasionar retortijones, y el niño estará contento y bien otra vez.

Las madres pueden descansar después de dar este inofensivo “laxante de fruta” a sus hijos, pues limpia el hígado y los intestinos de los niños y afloja el estómago, y éstos lo encuentran muy agradable al paladar. Las direcciones completas para tomarlo, tanto para los niños de todas las edades como para adultos, vienen impresas en cada botella.

Cuidese que no le den otro Jarabe de Higos falsificado. Pida en la botica una botella del Jarabe de Higos “California” y fíjese que tenga el nombre de “California Fig Syrup Company”.

todo eso y el turista no tiene ni siquiera la suerte de tropezar con un cicloro de genio que le indique el sitio del café-concierto donde Teodora, desnuda, daba de comer a una bandada de gansos, para diversión de marineros medio borrachos.

Sin embargo, al cruzar el puente dirigiéndose a Estambul puede gozar de un bello panorama en el que la mezquita Suleimanié se destaca como un calderón musical.

Al visitarla poco después observará que el musulmán que sale de orar en ella fija su vista en el “Hadjr Esved”, engarzado en la puerta del “turbé”. El “turbé” es el mausoleo de Solimán el Magnífico. M. Homa cuenta que en el séptimo cielo, morada de los ángeles adoradores, había precisamente sobre el “Kiblé”—punto hacia el cual uno se orienta para orar—una piedra llamada “Hadjr Esved”. Un día, Dios llama a nuestro padre Adán, el cual se presenta seguido de toda su progenitura en estado de sueños.

—¿Créis en mí?

A esta pregunta del Altísimo, unos responden que sí y otros que no. A los que creen pide Dios una señal escrita que da luego al Hadjr Esved para que la devore. Después esta piedra fué recibida por Abraham, quien la erigió como altar de la alianza. A través de las edades esa piedra ha sido conservada en el templo idólatra que los árabes llaman Kasbi. Aparece Mahoma, destruye los ídolos, deja subsistentes las cuatro paredes y declara que todo musulmán debe ir a la Meca a frotar tres veces su mano en el Hadjr Esved. En el día del juicio final el Hadjr Esved vomitará las firmas de los creyentes y ¡ay de aquellos que fueron perjuros! La peregrinación a la Meca no es, pues, más que la confirmación de la palabra dada cuando uno era fantasma en el principio de las edades.

En el acto de enterrar al musulmán, la concurrencia se aparta, el “iman” se adelanta, golpea con el pie sobre la tumba y, entre otras recomendaciones, dice al muerto: “No olvides la fe jurada”. Se trata de la promesa que uno ha hecho en compañía de Adán. Y he aquí por

qué se mira con terror y respeto el pedazo de “Hadjr Esved” empotrado en la puerta del turbé... A propósito: cuando la construcción de la Mezquita llegaba a su fin, Solimán el Magnífico hizo llamar al arquitecto:

—Quiero celebrar el “se’amik” del viernes próximo en mi mezquita. Si no está concluida para ese día, te haré cortar la cabeza.

La víspera del viernes el arquitecto volvió para entregarle las llaves de la Mezquita.

Al regresar del “selamlik”, Solimán pregunta al primer chambelán:

—¿Cuántas lámparas ha puesto el arquitecto en mi mezquita?

—Quince mil, señor.

—Bien; destino cuatro “okes” de aceite para cada lámpara.

—Seréis obedecido, señor.

—Lo sé. ¿En qué día estamos?

—Viernes, señor.

—Entonces el viernes próximo ¡as a hacer tu “anmeez” en Santa Sofía.

—Sí, señor.

—Toma este “suré” (bolsillo que contiene mil sequías de oro). Lo darás a un pobre mendigo con la cabeza envuelta que verá junto al pilar del púlpito. Dile que rece por mí.

—Así lo haré, señor.

De todo modo—pensaba el chambelán al salir de la estancia en que el sultán le había hablado—no me parece natural esto de conceder a otro “okes” (cinco litros) de aceite para cada lámpara y dar mil sequías a un mendigo. Y con este pensamiento abre el bolsillo, le quita la mitad de su contenido, llama a su segundo y se lo entrega transmitiéndole las órdenes que había recibido del sultán. El hombre de confianza considera a su vez que la manifiencia de quinientos sequías de oro es una limosna excesiva; y se guarda la mitad para sí, antes de dirigirse al “djami”.

—Toma, buen hombre, ruega por el sultán que te envía esta limosna.

—¡Alá le dé larga y próspera vida!

Al día siguiente el sultán hace llamar al chambelán.

—¿Diste aquello al mendigo?

—Sí, majestad.

VERMOUTH

CINZANO

VERMOUTH

—¿Cuánto le diste?

—Todo, señor.

—¿No es éste el “suré” que te dí?

El chambelán palidece. Con voz angustiada, responde:

—Es el mismo, señor.

—Bien; cuenta su contenido.

Cinco veces, diez veces, el pobre chambelán, tiene que volver a empezar la cuenta, tartamudeando y confundido. Por fin, se arroja, suplicante, a los pies de su amo.

—No tengas miedo. Nada te haré. Sólo quiero que me digas una cosa: ¿soy el monarca más poderoso de la tierra?

—¡Señor!

—¿No eres tú mi chambelán, el hombre colmado con todos los favores?

—¡Señor!

—¿No es sagrada la limosna?

—¡Señor!

—Si tú me robas, ¿qué harán los demás?

—¡Oh, señor! ¡perdón!

—Dime: ¿has dado al ministro del Efeaf mi orden por la cual destinaba, cuatro “okes” de aceite para cada lámpara de mi mezquita?... ¿Por qué no respondes?...

—No me he atrevido, señor. La cosecha de aceite del mundo entero no habría bastado para dar cuatro okes a cada lámpara. Si el ministro del Efeaf no me hubiese creído...

—Sí, si te hubiese dicho, por ejemplo: ¡Cuatro okes! ¡Uno de los dos, tú o tu amo, está loco!

—¡Señor!

—Si te hubiera dicho eso, le habrías replicado que tu amo no está loco. No es más que previsor. A juzgar por tu conducta, los cuatro “okes” por lámpara iban a sufrir una serie de subtracciones, empezando por el ministro del Efeaf, de manera que al llegar al guardián de la mezquita no quedarían más que cuatro “darms” que es la cantidad precisa para una lámpara. Ve, pues, a tomar medidas para que mi mezquita no quede a oscuras cuando yo no esté allí. Vete y no vuelvas a pecar.

Así habló el marido de Rojalana. Desde entonces no falta aceite a las lámparas... en las noches de fiesta mayor.

José POLAD.

Casi todas las princesas de los países balcánicos fuman cigarrillos turcos. Son también muy aficionadas al cigarrillo la reina de Rumania y la reina Natalia de Serbia.

La desagradable sensación de caer de una altura o la de que de pronto se hunde la cama que solemos tener a poco de dormirnos, tiene una base física, pues se ha observado que esta forma de “pesadilla de la caída” ocurre siempre durante los primeros cuarenta y cinco segundos después de quedar dormidos. Se la atribuye al relajamiento muscular que acompaña al sueño. El menor movimiento del cuerpo o un ruido súbito pueden provocar la pesadilla.



Lo que parece el diario ahora que han pasado los bochinchos.



—Supongo, Carlitos, que no pretenderás tener ese perro en casa...
—Es preciso tenerlo. El regimiento de que soy capitán debe tener una mascota.

Las mujeres de Musset

Las mujeres suelen ser el martirio de los poetas. Por una muy femenina perversidad atormentan a los que las adoran, a los que las divinizan. Una mujer significa para un poeta mucho más que para otro hombre cualquiera. Es la diosa, la suprema belleza, la razón fundamental de la vida, la armonía infinita. Para los demás, es la esposa o la amante, siempre envueltas en el gris de las vidas vulgares. El poeta vierte sobre la cabeza de la mujer un oro luminoso de inmortalidad.

Alfredo de Musset amó a muchas mujeres; esto es, fué profundamente malaventurado. El les ha pagado con una vida eternizada en sus poemas, porque al cubrirlas de besos las cubría de gloria. La princesa Belgiojoso, Raquel, Agustina, la Malibrán, Aurora Dupin, la trágica para "el pobre Alfredo" como París, la ciudad alondra, le llamó en los días de impotencia literaria, de amargura y de soledad.

Raquel era una gran actriz, a la que el crítico Julio Janin trató con poca consideración artística. Alfredo de Musset le cruzó la cara con su guante. Era en los dorados tiempos de juventud y de dandismo. Con aquel duelo, Alfredo conquistó a la gran trágica. Fué un gran idilio escandaloso y apasionado, que duró muy poco, porque Raquel poseía la femenina virtud de la inconstancia.

Raquel era muy bella, y el poeta hu-

biera querido convertir en amor el amorio; pero ella prefirió que no pasase de una encantadora aventura. "La musa de las pasiones, corazón de oro, mármol ungido por la gracia de la vida", como la llamó Arsenio Houssaye, dejó al poeta por otro y después por otro... El amor, apenas desflorado, ya no tenía madrigales para aquel espíritu poseso de infinitas inquietudes.

Musset, tal vez, la amó mucho, aunque inmediatamente se complicó con otra actriz, Agustina Brohan. Una noche, a la salida del teatro, Raquel y el poeta se encontraron.

—¿A dónde vas?—preguntó celoso Musset.

—¡Ah! ¡Es mi secreto!—exclamó riendo la actriz.

—Pronto he de saberlo yo también.

—Y violentamente se sentó en el coche junto a Raquel. Pero tras el poeta llegaba Agustina, loca de celos, que asaltó otro asiento en el vehículo. Juntos los tres, en tal situación de "vaudeville", llegaron a los jardines de la "Chaumière", un grato paraje para citas de enamorados. Raquel desapareció riendo hacia donde otro amante la esperaba, recomendando a la Brohan que le "hiciera dulces las horas" a su poeta.

Abrumado Musset, para ahogar su melancolía, pidió un ajeno mezclado con una copa de cognac. Era una mezcla verdaderamente explosiva, pero

Agustina le arrancó la copa de las manos y arrojó el brebaje.

"Vous-voyez bien que j'ai jeté votre ivresse dans ce jardin."

Pero Agustina se equivocó al pronunciar esta bella frase. Alfredo bebió hasta el fin de su vida, y la embriaguez le hizo su esclavo hasta los posteriores días lamentables. No quedó la "embriaguez curada en aquel jardín galante", porque el demonio terrible del alcohol encendió su antorcha lúgubre y azulena en aquella alma demasiado débil que pedía refugios contra el dolor al monstruo de la embriaguez, aún a costa del talento del poeta.

Musset tenía una exquisita sensibilidad. Una noche horrible de invierno, al cruzar el Puente de las Artes, le pidió limosna un mendigo ciego. El poeta sólo tenía una moneda de cinco francos, y principalmente por no des-embosarse en noche tan cruda, pasó de largo. Vivía lejos, y al llegar a la puerta de su casa desanduvo el camino y volvió donde estaba tiritando el mendigo ciego.

—Tome estos cinco francos y váyase a dormir.

—Muchas gracias, señor.

—A usted, amigo mío; porque le debo el dormir tranquilamente esta noche.

También sentía una gran ternura por los animales. Tuvo un perro que se llamaba "Mars", al que le daba quince céntimos para que le trajese el periódico.

Después de Raquel, su gran amor, el tremendo y definitivo amor de su vida fué Aurora Dupin, la célebre novelista "Jorge Sand". Ni la Malibrán, la danzarina española; ni la princesa Belgiojoso pasaron en la novela de su vida de ser una aventura agradable.

Harto conocidos son los episodios de sus amores con la "Jorge Sand". Estando gravemente enfermo en Venecia, la novelista le traicionó con "Paflo", el médico y gran amigo del poeta.

Nunca la perdonó, ni cuando recibió las trenzas que él amaba tanto, cortadas a raíz, en ofrenda al amante burlado; ni cuando la halló atravesada, como un perro, en la puerta de su casa. Supo ser fuerte a costa de él mismo, que desde entonces fué rodando a las simas del alcohol y de la renunciación. El dandy de 1835 fué en los últimos años un hombre sucio y mal vestido, que ya era incapaz de crear un solo verso. La princesa Belgiojoso le esperaba, en su coche blasonado, a las puertas de las tabernas, de donde salía, al cabo de las horas, embrutecido y desolado.

Víctimas y victimarios, siempre igual en la farsa dramática del amor sin hallar jamás la armonía sentimental igual que en el soneto de Lope de Vega:

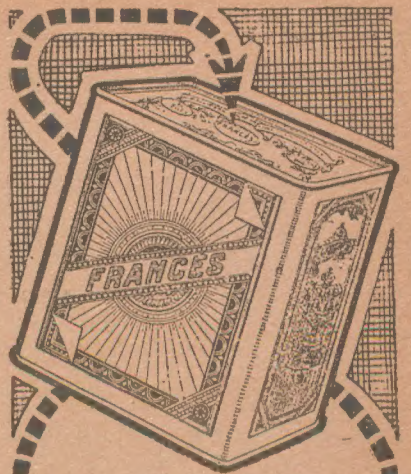
Amaba Filis a quien no la amaba
y a quien la amaba, ingrata, aborrecía;
hablaba a quien jamás la respondía,
sin responder jamás a quien la hablaba.

Seguía a quien, huyendo, la dejaba;
dejaba a quien, amando, la seguía;
por quien la despreciaba se perdía,
y al perdido por ella desdénaba.

Contempla, Amor, si ya posible fuere
desigualdad que tu poder infama,
muera quien vive y morirá quien muere;

da hielo a hielo, Amor, y llama a llama,
porque pueda querer a quien la quiere
y pueda aborrecer a quien desama.

Si Raquel o Aurora le hubieran amado bien, el pobre Alfredo hubiera sido dichoso y Francia no hubiera tenido el dolor de ver fracasar en el embrutecimiento del alcohol a uno de sus más grandes poetas. Raquel era la inquietud y Aurora la perversidad. Una tenía un alma de alondra, y la otra todo el veneno y todo el artificio literario



Aceite marca

"FRANCÉS"

Siempre lo bueno ha sido lo preferido.

El aceite marca **"FRANCÉS"** satisface al más exigente.

ARDANZA e Hijos

1529, San José, 1545

BUENOS AIRES

Recomendamos conservar la chapita colocada en la parte superior de cada lata del aceite marca **"FRANCÉS"** porque tiene un valor importante.

de aquel momento de románticas hipérestesias.

Acaso Agustina fué la más sincera amante; la Malibrán y la Princesa Belgiojoso lloraron mucho por él. Las tres eran buenas y el poeta las olvidó muy pronto. Parecía que buscaba la desgracia y lo imposible el pobre bardo lunático, y dejando pasar de largo la felicidad, sólo abrió su ventana para oír el canto de la alondra de Raquel y la voz pozoñosa de sirena de la "Jorge Sand".

Tal vez por eso la prefirió "el pobre Alfredo", que también estaba enfermo de inquietud, de maravilloso, de misterio, de literatura, en fin; una enfermedad muy peligrosa y totalmente desconocida de los doctores. El alcohol le abrasó el cerebro y murió con el dolor más enorme para un poeta: la mudez espiritual, la impotencia para crear el verso y dar vida a los fantasmas armoniosos encerrados en su corazón.

Emilio CARRERE.

Utilización de la ortiga

Generalmente se considera a la ortiga como planta perjudicial. No es así, sin embargo. La ortiga es un excelente forraje fresco. Aumenta la cantidad y mejora la calidad de la leche de las vacas y cabras que con ella se alimentan. Para utilizarlas como forraje, se corta en la primavera las ortigas jóvenes y tiernas y se las deja marchitar un poco; luego, se las mezcla, en proporción de una cuarta parte, al heno, la alfalfa o la paja que se da a los animales. Estos la comen con avidez; mezcladas en esa proporción y tratándose de plantas relativamente tiernas, no perjudican la boca de los animales.



—¡Ah chiquillín atrevido!: no sé por qué no te doy un par de bifos.

LA VANGUARDIA

Son muchos los jóvenes vencidos. ¿Por qué enojarnos cuando sus lamentos tienen vibraciones ásperas de clarín? Nos piden apoyo y se lo negamos. Quieren buscar formas e ideaciones nuevas, y arrojan sobre ellos el ridículo. Tienen perfecto derecho a vivir, y les sitiarnos por despotismo y hambre. No podemos exigir reverencia filial a quienes jamás encontraron entre nosotros ni consuelos, ni estímulos, ni protecciones, ni ternuras.

Porque no son sólo los jóvenes obreros los que se asoman al abismo buscando en su lobreguez calma para el espíritu torturado y sediento. Son los artistas, los escritores, los consagrados a la investigación científica, los que piensan en el aniquilamiento final, para buscar acabamiento a una juventud miserable, pasada en la soledad o en el abandono.

Y así, irritados nos increpan. ¿Quiénes somos para oponernos a una ley de renovación, más fuerte que nuestros recelos y más inflexible que nuestras pequeneces? ¿Por dónde tenemos derecho a fulminar contra nuevas orientaciones, aquí donde tantas catedrales de pensamiento se han hundido en el polvo y tantos sistemas apriorísticos se han deshecho en su propia ridiculez? Seres dotados de sensibilidad emotiva, ¿cómo nos mueve ese terrible desamparo de una juventud generosa que ve marchitarse en promesa todo su esfuerzo y toda su ardorosa labor? Hombres ideas, ¿cómo podemos poner límites arbitrarios al nuevo pensar?

Esos jóvenes, obreros o artistas, pensadores o braceros del campo, que a los veintitrés años se asoman a los bordes de los precipicios, sin una esperanza que los alumbre ni un verdadero amor que los consuele, son fuertes, no deben ser vencidos ni desmentir una ley biológica. Los obreros y los gañanes pueden resignarse al éxodo o al aniquilamiento en el taller o en la gañanía. Faltan alburas en su entendimiento, y esa voz profética en los oídos que brindaban al Marcelo latino confianza en el porvenir. Pero los otros que se llaman intelectuales, y llamárselo es ya merecerlo, no pueden conformarse con la perdurable obscuridad y la irremediable penuria. Son los chiflados de que habla Guyau, y ellos formarán la vanguardia que ha de escalar la imponente fortaleza social.

Apresurémonos a abrirles las puertas, si no queremos que nos arrojen por las murallas.

Antonio ZOZAYA.

Otro negocio arruinado para Turquía.—La Meca

A consecuencia de la guerra el gobierno otomano ha perdido la autoridad que ejercía desde hace muchos años en el territorio de Beled-el-Aminel, "la región de los fieles", es decir en la Meca, donde nació el profeta Mahoma, y que es, como si dijéramos, la Tierra Santa del islamismo. La pérdida de ese dominio implica para el estado turco la desaparición de una fuente de cuantiosos ingresos, pues la Meca es lugar de peregrinaje al cual acuden anualmente millares y millares de mahometanos



que dejan dinero y pagaban las numerosas exacciones que bajo diversas formas les imponían las autoridades turcas. Estas, para prolongar la explotación de los creyentes, les obligaban a permanecer quince días en la Meca, después de haber cumplido el deber religioso que los llevaba al lugar sagrado.

Esa estada era particularmente dispendiosa para los peregrinos ricos, pues en la época de las grandes solemnidades se pagaba por una habitación hasta 200 y 300 francos por día. Los pobres no salían de la Meca sin haberse gastado todas las economías de un año.

El texto del Corán impone a los mahometanos la obligación de visitar la Caaba (lugar sagrado de la Meca donde existe una piedra del mismo nombre) y ningún creyente puede salvarse sin haber cumplido ese deber. El profeta agrega que las obras más meritorias son: la fe, la guerra santa y la peregrinación a la Meca.

Pero en la actualidad ese viaje a la Meca no tiene el carácter de empresa llena de penurias como por tanto tiempo fué considerada por el mundo musulmán. Por influencia del gobierno británico, el ministro del interior de Egipto ha adoptado medidas para que esa peregrinación no difiera mucho de un viaje común de placer. Se hará por vapor y por ferrocarril. El precio del viaje desde Suez costará 75 francos en vez de 250 que se cobraba antes. Cuerpos de policía acompañarán a los peregrinos y los protegerán contra los ataques de los beduinos;

se distribuirá agua gratuitamente y el precio máximo de un cuarto de hotel en la Meca, durante tres días, será de 40 francos.

En cierta época del año suele haber en la Meca hasta 200.000 peregrinos.

Pestalozzi y las papas

El pedagogo suizo Juan Enrique Pestalozzi, cuyos abnegados esfuerzos en favor de los niños pobres han perpetuado su nombre rodeándolo de un prestigio de precursor, fué en tiempos de la Revolución Francesa designado ciudadano francés por la Asamblea Legislativa, que deseaba acordar esa distinción a los ciudadanos de todos los países que en cualquier forma hubiesen contribuido al bienestar humano. A su vez, el educador quiso hacer algo en favor de Francia, y no vió nada más oportuno que indicar los medios para fomentar el cultivo de la papa. Así fué como Pestalozzi propuso a la Asamblea las siguientes medidas que, en su opinión, debían elevar la producción anual de papas a doscientos millones de canastas: 1.º Hacer componer por el mejor poeta un himno nacional en alabanza del cultivo de la papa; 2.º, dar a esta planta, por decreto solemne, el nombre de "planta de la salvación pública" o "planta de la independencia"; 3.º, organizar en el mes de marzo una Fiesta Nacional de la Papa; 4.º, en el mes de julio, antes de las últimas labores, realizar un examen de las plantaciones e intervenir de manera eficaz en el caso en que los trabajos sean considerados insuficientes.

El mausoleo de Frogmore

Cerca del sepulcro de la duquesa de Kent se levanta, en los jardines de Frogmore, el magnífico mausoleo en que reposan los restos de la reina Victoria de Inglaterra y su esposo el príncipe Alberto de Coburgo. Al año de viudez puso la reina la primera piedra del panteón, que se terminó el año 1862 y al que fueron trasladados los restos del príncipe. Sobre la losa sepulcral se lee la siguiente inscripción. "La reina Victoria, su afligida viuda, mandó enterrar aquí los restos mortales del príncipe Alberto. A. D. 1862. ¡Adiós, mi muy amado! Aquí descansaré a tu lado y contigo resucitaré en Cristo". La arquitectura del mausoleo está inspirada en la de una antigua tumba romana de las cercanías de Rávena. En el centro se abre la capilla, cuya planta tiene forma de cruz, con el pavimento y las paredes revestidas de mármol. El techo está decorado con pinturas ejecutadas según dibujos de la hija mayor de los augustos cónyuges, la princesa Victoria, esposa que fué del emperador Federico III de Alemania y madre del actual Guillermo II. En una de las paredes de la capilla está el sepulcro del príncipe Alberto, con su estatua yacente de mármol de Carrara, en uniforme de general del ejército inglés. La reina Victoria y la familia real han considerado siempre el mausoleo como un lugar santo de peregrinación, al que acudían a orar con frecuencia, sin que aparte de los individuos de la familia lo puedan visitar más que contadísimas personas con autorización especial.



Las únicas lágrimas que llorarán por el ex kaiser

PUCHITOS

Los animales depredadores de los alrededores de las poblaciones del campo, como el zorro, la comadreja, el gato montés, etc., tienen un olfato muy fino para descubrir la presencia del hombre. Por eso para armar las trampas con que se les caza hay que recurrir a las más minuciosas precauciones: no se toca jamás la trampa con las manos si éstas no llevan gruesos guantes frotados previamente con plantas aromáticas recogidas en el lugar en que se armará la trampa, o con jugo de puerro o tripas de conejo; no se debe llevar ropas que hayan estado en con-

EMPIECE MAÑANA Y CONTINUE TODAS LAS MANANAS

Adquiera la costumbre de tomar un vaso de agua caliente antes del desayuno.

No permanecemos mucho tiempo en este mundo, así, pues, hagamos nuestra estada agradable. Vivamos bien, comamos bien, trabajemos bien, durmamos bien y parezcamos bien. Cuán venturoso estado por alcanzar y, sin embargo, cuán fácil de conseguir con sólo que uno quiera adoptar el baño matinal interno.

Las personas acostumbradas a sentirse pesadas y enfadadas cuando se levantan, con fuertes dolores de cabeza, tupidos a causa de resfriados, con lengua saburrosa, aliento fétido y acedia pueden, por el contrario, sentirse frescos como una margarita, abriendo los canales del sistema todas las mañanas y eliminando la totalidad de la materia venenosa interna estancada.

Todo el mundo, ya sienta dolores, esté enfermo o esté bien, debería tomar todas las mañanas, antes del desayuno, un vaso de agua caliente con una cucharadita de fosfato limestone, para eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos las sustancias indigestas del día anterior, la bilis ácida y las toxinas venenosas, y así limpiar, suavizar y purificar todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago. La acción del agua caliente y del fosfato limestone sobre el estómago vacío es fortificante de modo maravilloso. Elimina las fermentaciones ácidas, los gases, desechos y acidez y da un espléndido apetito para el desayuno. Mientras usted está desayunándose, el agua y el fosfato están tranquilamente extrayendo un gran volumen de agua de la sangre y preparándose para hacer un lavatorio completo de todos los órganos internos.

A los millones de personas que padecen de estreñimiento, ataques biliosos, desarreglos del estómago, reumatismo, así como otros que tienen piel cetrina, desórdenes de la sangre y aspecto enfermizo, se les recomienda procurarse en la botica un cuarto de libra de fosfato limestone. Este les costará muy poco, pero es suficiente para hacer de cualquiera un notable maniaco respecto a la limpieza interior.

El fosfato limestone se expende solamente en latitas cuadradas y toda oferta en otra forma debe rechazarse.

Para informes: L. F. MILANTA

Rivadavia 1255

Buenos Aires



—¡Oh, qué barbaridad! ¿No sabes que hay que perdonar a los enemigos?
—Sí, señora, lo perdono; ahora sólo estoy arreglando las cosas para no tener que perdonarlo otra vez.

tacto con perros; el que arme la trampa calzará zuecos, frotados con las sustancias ya indicadas y evitará fumar y hasta llevar tabaco en el bolsillo.

Cada vez se reconoce más el alto valor alimenticio de la banana. Un explorador de África vivió cerca de dos años consumiendo como alimento principal harina de banana tal cual la preparan los naturales de algunas partes de África. Actualmente se importa en los Estados Unidos grandes cantidades de bananas para preparar esa harina recomendada por los médicos por su valor nutritivo. La producción de bananas es casi inagotable. En los trópicos hay vastas extensiones no explotadas cubiertas de bananos silvestres cuya fruta se pierde. Se calcula que anualmente se podría cosechar una

cantidad de bananas suficiente para alimentar a todo el mundo si todos emplearan esa fruta como uno de sus alimentos diarios.

El "Diario de la Asociación Médica Americana" cree que hay personas en las cuales la aspirina puede causar efectos semejantes a los de un tóxico. Cita el caso de una mujer fuerte y vigorosa, de treinta y dos años que padecía de un dolor vago en la espalda y en el pecho y a quien el médico recetó aspirina en sellos de cinco granos. Cuarenta y cinco minutos después de tomar el primer sello, la paciente sintió una punzada en la cabeza, se le hincharon las manos y le aparecieron manchas blancas en la cara y en el cuerpo. En seguida se le hincharon y cerraron los ojos y se manifestaba una irritación violenta de la laringe. Estos

fenómenos se agravaron gradual pero rápidamente: a los pocos minutos la enferma era incapaz de hablar y su respiración fatigosa, espasmódica, delataba una alarmante obstrucción de la laringe. A las dos horas y cuarenta y cinco minutos después de haber tomado la aspirina, la enferma abrió los ojos y comenzó a hablar; desde ese momento inició un franco restablecimiento a las condiciones normales y al día siguiente habían desaparecido por completo todos los extraños síntomas. No hay duda de que éstos habían sido causados por la aspirina, pues la enferma no había tomado medicina ni alimento desde la noche antes.—quizás por esto mismo produjo ese efecto—y además concóense otros casos de perturbación momentánea de las funciones del organismo a consecuencia de haber tomado salicilatos.

Un negro de Goldsboro (E. U.), llamado John Ward, tiene 35 hijos todos mayores de edad: de sus 18 varones 13 se enrolaron para la guerra en dos regimientos de caballería y sus 17 hijas han contribuido como voluntarias en obras relacionadas con la guerra. Ward se ha casado tres veces. Su primera mujer, que vivió seis años y tres semanas de matrimonio, le dió quince hijos: dos veces tuvo la mujer cuatro hijos a un tiempo, otras dos veces tres hijos y por último uno sólo.

Cabello Hermoso, Espeso, Ondeado y Libre de Caspa

Pásese un paño húmedo por el
cabello y duplique su
belleza inmediatamente.

Cuide su cabello! La caspa desaparecerá y el cabello no se caerá más.

¿Inmediatamente? ¡Sí! ¿Seguro? Esa es su ventaja. Después de una aplicación de Danderine su cabello se le pone ondeado, sedoso, abundante y se verá como el de una niña. También pruebe esto: humedezca un paño en un poco de Danderine y páselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Esto lo limpiará de polvo, suciedad y de grasa excesiva, y en pocos minutos duplicará la belleza de su cabello. Aquellos que han descuidado su cabello, o que por el contrario lo tienen áspero, descolorido, seco, quebradizo o delgado, tendrán una sorpresa agradable al conocer esta nueva preparación. Además de embellecerlo, Danderine destruye toda partícula de caspa, limpia, purifica y fortalece el cráneo, evitando la picazón y que el cabello se caiga; pero lo que más le agradará será ver cómo, después de usarlo unas cuantas semanas, el cabello se le pondrá fino y suave y le saldrá cabello nuevo por todo el cráneo.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificantes hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

Si quiere Ud. tener una cabellera bonita, lustrosa, y, sobre todo, abundante, compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y úselo según las instrucciones que acompañan a cada frasco.

PROBLEMA



—Quisiera encontrar uno más bestia que yo, que me compre la casa que usted me vendió.
—¡Ah, caramba! Eso va a ser algo difícil.

ENTRE "RECONTRAS"



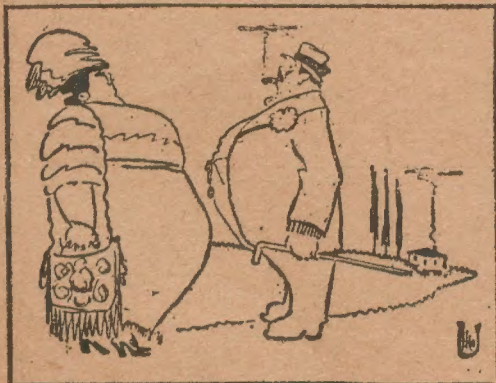
—¿Por qué bautizan los buques con champagne?
—En justa compensación al agua que tragan después.

PULVIS

Cuando ya de nosotros se desprenda
la dulce y blanca llama,
y en la prisión oscura y silenciosa
durmamos nuestra noche separada;
cuando ya tu flotante cabellera,
por la muerte aquietada,
no brille más, y hasta mis labios suba
la fría corrupción de mis entrañas;
cuando seamos polvo,
cuando seamos nada!
Todavía sensibles al anhelo,
vivas e insatisfechas nuestras ansias,
en los brazos del viento,
brillando con el aura,
volveremos, tal vez, a los lugares
de la vida pasada.

El polvo que seremos, en los rayos
del sol, una mañana,
danzando pasará, leve, impalpable,
como una nube blanca.
De camino en camino,
por rutas ignoradas,

VIDA CONYUGAL



—La verdad es, Matilde, que si seguimos así, vamos
a tener que entendernos por medio de la telegrafía.

seguirá siempre en los futuros días
su interminable marcha;
hasta la hora en que un átomo del polvo
que fuiste en la lejana
vida anterior, se encuentre con otro átomo
que fui yo, ¡pobre amada!
Y entonces, más allá del pensamiento,
al final de una senda insospechada,
sentiremos crecer sobre las flores
una intranquilidad dulce y extraña.
En éxtasis tal vez, o como en sueños,
sin deseo y sin lágrimas,
gozaremos la luz y la armonía

de belleza tan alta.
En tan solemne paz ignoraremos
si es rocío o si es llama
lo que alumbra; si es canto
o es música de coros lo que pasa.
En tanto, nuestros pobres corazones
arderán, y en el brillo de esa calma,
sólo entonces sabrán, tan sólo entonces,
qué es amor, nuestras almas.

Rupert BROOKE.

(Inglés).

(Traducción de Alberto Ureta.)



**de todos los artículos de verano y medio tiempo
a precios tan excepcionales que facilitan reales
economías.**

Sombreros: canotiers de paja rustie, for-
ma de moda, cinta negra, **3.75**
pesos.

Canotiers de paja pallason, última
creación, calidad superior, pe-
sos. **5.50**

Camisa de zephir inglés, gustos moder-
nos, con puños doblados, cuyo precio
era de \$ 7.25 las liquidamos **5.35**
a.

Camisa con cuerpo blanco, pechera y pu-
ños de zephir rayado, al pre-
cio excepcional de. **3.95**

Botines de potro charolado, con caña de
fantasía, en paños de color o negros,
hormas cómodas y elegan-
tes, el par. **11.50**

Confecciones:

Trajes de saco, confeccionados en riquí-
simos casimires de pura lana, gustos
de última novedad, desde **30.--**
pesos.

Sastrería:

El más grandioso y variado surtido de
casimires importados de las mejores fa-
bricaciones europeas se encuentra reu-
nido en un hermoso conjunto donde podrá
usted seleccionar su gusto a satisfacción.

Trajes de saco, sobre medida,
desde. **70.--**

Pidan CATALOGO, se remite gratis y
franco de porte al interior de la Repú-
blica.

CRÉDITOS:

Acordamos créditos a pagar en
cómodas mensualidades. Solici-
ten informes.

M. ZABALA
=BME MITRE Y ESMERALDA

Cosas de la China

Todos los que han viajado por la China o están familiarizados con las costumbres chinas, saben que ninguna esencia perfumada es tan apreciada por los habitantes del Celeste Imperio como el agua legítima de Tschin Fung.

Debe esta agua su nombre a una población situada al noroeste de Peking, en la provincia de Hen Li. Los frascos de agua de Tschin Fung llevan todos la misma etiqueta modesta, y cualquiera que sea el nombre del fabricante, proceden de la casa de Ya-Rina. En realidad son preparados por una multitud de fabricantes de perfumes, todos los cuales afirman que poseen la única fórmula verdadera.

Si se pregunta a un habitante de Tsching Fung cuál es la mejor marca y cuál, entre los innumerables Ya-Rina es el verdadero Ya-Rina, mueve la cabeza y responde que ciertas cosas permanecen

Al día siguiente Han Tsia Ya-Rina, se dirigió muy temprano a casa de un impresor amigo suyo y le encargó varios centenares de etiquetas con estas palabras:

Única agua legítima de Tsching Fung
preparada por
Han Tsia Ya-Rina

Hubiera querido hacerlas imprimir sobre fondo rojo, con un dragón plateado a cada lado, pero resultaba muy caro, de suerte que tuvo que contentarse con simples letras negras sobre papel blanco.

Recibidas las etiquetas, las pegó en los frascos que tenía de reserva y los colocó en la vidriera.

Fué un gran éxito: los habitantes de la excelente ciudad de Tschin Fung se sintieron halagados al ver que Ya-Rina nombraba también en la etiqueta a la industriosa ciudad que constituía su orgullo. La venta creció tanto que el perfumista pronto tuvo que hacer a su amigo otro pedido de etiquetas y esta vez por varios millares.

“Una felicidad no viene sola; casi siempre llega

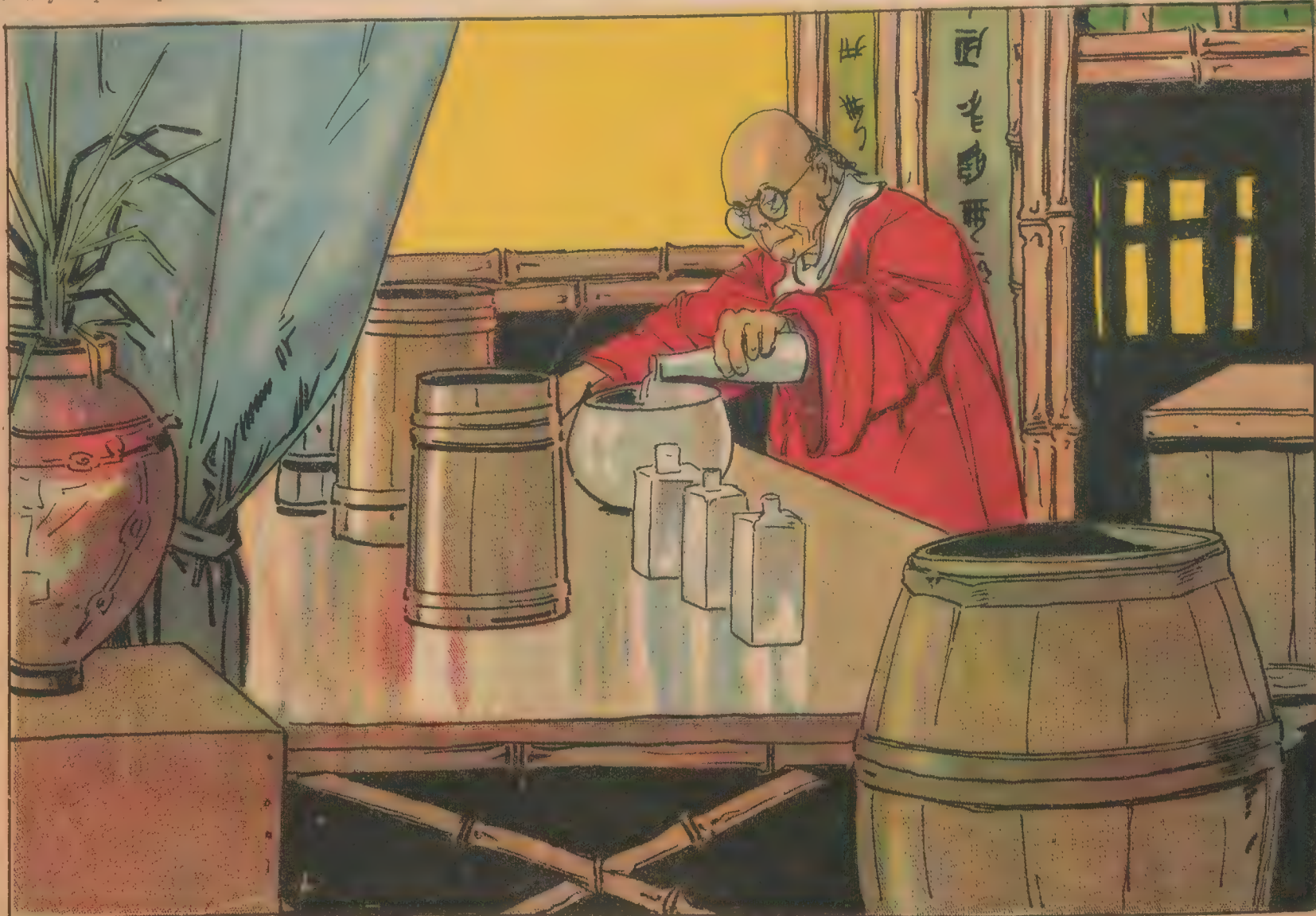
davía se puede leer en su tumba el precepto del filósofo: “Un nombre bello es algo precioso”.

La perfumería de Han Tsia Ya-Rina pasó a su hijo y luego a su nieto; los dos llevaban el nombre de Han Tsia. Su fábrica era la más próspera de la provincia. Esto decidió a otros perfumistas a dar el nombre de Tsching Fung a la esencia que fabricaban. Pero, inmediatamente, los Ya-Rina hicieron saber por los diarios a todos los Hijos del Cielo que únicamente era legítima el agua de Tsching Fung que llevaba el antiguo nombre de Ya-Rina y que toda imitación sería castigada por la ley.

Sin embargo, el pérfido Lao-King, que vivía enfrente de los Ya-Rina, en la plaza Piang, tuvo la audacia de poner el nombre de su vecino en los frascos de su agua. Caro le costó: llevado ante la justicia y convicto de fraude, fué castigado con cien bastonazos en la planta de los pies.

Abatido por el dolor y la amargura, Lao-King entró rengueando a su casa donde permaneció encerrado tres días, meditando su venganza.

En la mañana del cuarto día, abrió su tienda, derramó, como ofrenda, su mejor esencia en el altar



envueltas en tal misterio que las miradas de los mortales no deben penetrarlo.

Pero he aquí lo que he leído en una memoria inédita dejada por un misionero francés del siglo pasado.

Hace trescientos años vivía en Tsching Fung un hombre llamado Han Tsia Ya-Rina. Era un fabricante de esencias, de papeles perfumados y de agua de tocador. Aunque sólo vendía productos de excelente calidad y era hombre muy honrado, apenas lograba ganarse la vida.

Con frecuencia se lamentaba por la idea de morir sin dejar nada a sus hijos, y mientras pasaba la tintura perfumada por el blanco papel de arroz o elegía las flores y raíces con que destilaba sus esencias, suspiraba y se entregaba a tristes reflexiones sobre la distribución de los bienes de este mundo.

Una noche Han Tsia, leyendo la obra de los Siete Grandes Filósofos, dió con esta sentencia: “Un nombre bello es algo precioso. Suena agradablemente al oído e invita a conocer al que lo lleva”.

El perfumista leyó tres veces este precepto y en el curso de la noche repitió muchas veces en voz baja: “Un bello nombre, sí, un bello nombre, es algo precioso”.

en compañía como las golondrinas al anochecer”, dice uno de los Siete Grandes Sabios. Ya-Rina lo advirtió pronto.

El gran mandarín de Tschin Fung, a causa de haber celebrado con excesiva alegría el día de año nuevo, se levantó al siguiente con una fuerte jaqueca.

Maquinalmente, echóse algunas gotas de agua de Ya-Rina en el hueco de la mano y se frotó las sienes. En seguida sintió un gran alivio.

Algún tiempo después, al partir para recorrer la provincia a fin de recolectar los impuestos, el gran mandarín advirtió que su provisión de agua de olor estaba agotada. Escribió inmediatamente a Ya-Rina para que le enviara doce frascos de agua de Tschin Fung, en previsión de sus jaquecas futuras, a consecuencia de los banquetes oficiales que le ofrecerían.

Ya-Rina se apresuró a atender el pedido. Luego puso en un marco la carta del mandarín y la colgó en su negocio. Además la hizo reproducir en las hojas papel de arroz con que envolvía los frascos. Por su orden, su representante en Peking la insertó en la “Gaceta Oficial”.

Desde entonces quedó asegurada la fortuna de Ya-Rina. Se convirtió en personaje y recibió el título de “Proveedor de Su Majestad Imperial”.

Descansa en el cementerio de Tsching Fung y to-

de Buda y emprendió un viaje.

Pasaron varios meses; Lao-King no volvía. Se empezaba a temer que le hubiese ocurrido alguna desgracia, cuando, de pronto, reapareció acompañado por un desconocido. Este no era muy simpático: flaco como un esqueleto, cubierto de harapos, ni siquiera tenía trenza, lo que confirmó la opinión general de que Lao-King había sacado a su acompañante de la cárcel, donde, por alguna fechoría, le habían rapado la cabeza.

Grande fué la sorpresa en Tsching Fung cuando se vió que Lao-King no sólo instalaba al desconocido en su propia casa, sino que también le vestía con rico traje y le daba a su hija por esposa. El asombro de los Ya-Rina trocóse en furor cuando supieron que ese individuo tenía el mismo nombre que ellos y que, legalmente, era un Ya-Rina. Y peor fué cuando, de la unión de ese Ya-Rina con la hija de Lao-King nació un hijo al que llamaron Han Tsia. “Pro-fórmula” el abuelo le cedió su fábrica, y los frascos de agua de olor pudieron desde entonces ostentar legalmente el nombre famoso.

Había, pues, dos Han Tsia Ya-Rina y ambos fabricaban el agua legítima de Tsching Fung. Los chinos no sabían cómo entenderse al respecto.

Pero por entonces uno de los descendientes del primer Ya-Rina, hojeado por casualidad los escritos de aquel de los Siete Grandes Filósofos cuyo

precepto había traído suerte a la casa, leyó las líneas siguientes:

“¿Quieres recordar un sitio o un objeto que puede confundirse con otros? No mires sólo su apariencia, sino también su posición con relación a aquel con el cual se puede confundir.”

Ya-Rina salió hasta la puerta y contó las casas que había entre la suya y el templo de Buda. Había cuatro. En seguida colocó un gran 5, pintado con oro mate, en lo alto de la puerta, e hizo agregar a sus etiquetas:

Situado en la Plaza Piang, N.º 5.

Alquiló algunos individuos y les hizo recorrer las calles de Tsching Fung, con grandes cartelones que decían que en el número 5 de la Plaza Piang y solamente en el número 5, se hallaba el agua legítima de Tsching Fung. Hizo también colocar en todas las paradas de postas cartelones en que advertía al público contra las imitaciones.

Los verdaderos Ya-Rina quedaron, pues, dueños del campo de batalla y durante dos generaciones la casa de los Lao-King no hizo más que vegetar.

Pero he aquí que un buen día un descendiente del primer Ya-Rina, del verdadero, pasó delante de la tienda de su rival y echó una mirada. ¡Apenas pudo creer lo que veía! Le pareció que todos los frascos llevaban la inscripción:

Plaza Piang N.º 5.

Por un instante tuvo ganas de entrar para comprobarlo personalmente; pero la altivez venció a la curiosidad. Entró a su casa con aire tranquilo y envió a un muchacho a comprar un frasco de agua en lo del vecino.

Lo que parecía increíble era verdad: ¡el miserable había tenido la audacia de poner en sus frascos una dirección falsa! Ya-Rina tomaba ya las babuchas de salir para presentarse a la justicia y pedir el castigo del culpable, cuando descubrió la palabra “enfrente” impresa antes del N.º 5, pero en caracteres tan pequeños, tan minúsculos que sólo una mirada interesada podía descubrirlos. Ya-Rina temblaba de rabia, pero ¿qué hacer?

“Es fácil seguir un camino ya trillado”, dice Tsching Ling en una de sus odas. Esto quedó demostrado por la multitud de perfumistas que, fabricantes todos del agua legítima de Tsching Fung, se establecieron en la Plaza Piang. Siguiendo el ejemplo de Lao-King, hicieron una batida en todas las provincias para hallar individuos llamados Ya-Rina, a los cuales adoptaron y establecieron en sus tiendas. Los alquileres de locales situados en la Plaza Piang subieron fabulosamente. Todos los industriales demostraron gran talento de invención en las direcciones que eligieron para su casa: “Al lado del N.º 5”, “A la izquierda del N.º 5”, “A la derecha del N.º 5”, etc.

A distancia de media milla china, se reconocía por el olor la ciudad de Tsching Fung; ya no se la llamaba sino con el nombre de Ohang-Pe-Tsi, que significa la Ciudad Perfumada.

En semejante competencia un fabricante debía necesariamente primar sobre los demás. El triunfo correspondió a los sucesores de Lao-King, quizás justamente a causa de esa palabra “enfrente de” que al principio habían impreso tan discretamente en sus etiquetas. Poco a poco agrandaron las letras, las ensancharon, les dieron las dimensiones de las demás palabras y por último les dieron mayor tamaño que a éstas. Uno de los jefes de la casa llevó la habilidad tan lejos, que mediante una suma de dinero obtuvo autorización para hacer pintar en las velas de los juncos anclados en los ríos, grandes letras que decían que no había más agua de Tsching Fung legítima que la que salía de lo de Ya-Rina situado “enfrente del N.º 5”. Y los chinos se acostumbraron a fijarse bien, antes de comprar un frasco de agua de olor, si en la etiqueta decía “enfrente del”, etc.

Consecuencia de esto fué la ruina casi completa de los verdaderos Ya-Rina; su bienestar desapareció y el jefe de la casa gemía al pensar que su hija única quedaría sin herencia.

Sin embargo, no era más feliz su enemigo, con toda su riqueza. No tenía más que un hijo Han Tsia, cuyo sobrenombre era Won Shan.

Desde su infancia, Won Shan sólo había manifestado interés por el estudio y por último había declarado netamente que jamás sería negociante. Se comprende la pena del padre.

Una noche en que Won Shan estaba sentado, como de costumbre, leyendo los clásicos en su amable cuarto de estudio, le ocurrieron dudas sobre la identidad de un autor. Para ilustrarse, se dirigió a casa de un sabio amigo suyo. Caminaba tranquilamente, cuando de pronto le distrajeran los sonos que acompañaban a una voz de mujer.

Jamás Won Shan había oído nada tan suave. Subióse a un tonel vacío que vio por allí y miró al otro lado del cerco, detrás del cual partía la música.

Vió un jardín, con un lago en miniatura, rodeado por una verja pintada de rojo; sobre el lago un

puentecillo azul, que terminaba en un quiosco.

Allí alguien cantaba.

De pronto cesó el canto y la música. Levantóse la cortinilla de papel pintado y Won Shan vió una hermosa joven, de vaporoso vestido color rosa y con un crisantemo entre los cabellos. Contempló pensativa el agua de donde emergían las flores de loto sobre sus hojas brillantes; una garza pavoneábase gravemente en medio de las cañas, hundiendo el pico acá y allá para apresar los pececillos de doradas escamas.

Won Shan pasó de un salto al otro lado de la pared y, acercándose al quiosco, se inclinó ante la joven. Con voz trémula díjole que la había oído cantar y le pidió permiso para visitarla. Rosada como un durazno maduro, por el rubor que se le asomaba al rostro, la joven repuso:

—La modestia es el mejor adorno de una mujer; preferiría que mi cuerpo joven estuviese tendido sin vida sobre el césped húmedo, antes que aceptar el homenaje de un desconocido.

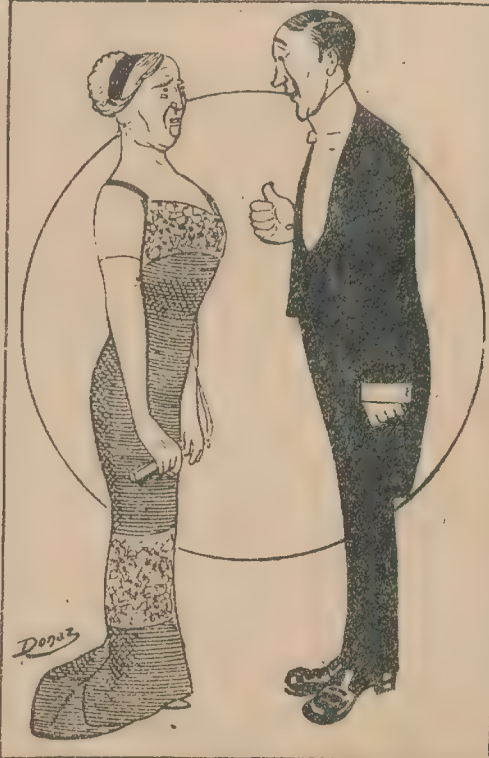
Won Shan sentíase fascinado:

—No creas que he saltado la pared con intento temerario. Soy Won Shan; he dado ya mis exámenes del segundo grado de la primera clase y espero llegar al séptimo grado. Mi vida consagrada al estudio atestigua la pureza de mis costumbres.

La joven palideció al oír estas palabras:

—¡Infeliz de ti! ¡Huye de este sitio! ¿No sabes que soy Tsai Ki, hija de Ya-Rina, y que la ene-

PEQUEÑO ERROR



—Pero ¿qué hace usted aquí tan solo? ¿Quiere usted que le presente a alguna señorita, para bailar con ella?

—¡Ya lo creo! ¡Pero su esposo se enfadará!

—¿Por qué?

—Porque como me ha contratado para ayudar a la servidumbre...

mistad de nuestros padres, no permitirá jamás que haya relaciones entre nosotros?

—Dejemos a un lado la enemistad de nuestros padres y gocemos del encanto que sigue al encuentro de dos almas hermanas.

Se sentaron dentro del quiosco y jugaron a las damas. Won Shan contemplaba arrobado a la hermosa Tsai Ki, que movía las piezas del juego con el gesto exquisito de sus delgados dedos. Asombrábase de la delicada habilidad con que la joven jugaba.

Era tarde; los rayos de la luna penetraban en la sombra de los almendros y las ramas de los sauces, balanceándose a flor de agua, brillaban como flechas de plata. Todo estaba tranquilo.

Emocionado, Won Shan se despidió de Tsai Ki y regresó a su casa; encendió la lámpara de bronce y se sentó dispuesto a trabajar; pero la imagen de la joven se erguía constantemente ante sus ojos. Cerró el libro, tomó un pincel y escribió estos versos:

“Mi corazón ha sido penetrado y mis ojos deslumbrados por la luz que emana de tus ojos.

“Sin embargo, me asaltan pensamientos sombríos: no puedo atravesar el umbral de mi amada.

“Te ruego, oh Tsai Ki, que me permitas que vuelva a tu lado, cuando el disco de la luna ilumine otra vez el puente del parque sombrío.”

Won Shan envió secretamente esta esquila y, en cambio, recibió la llave de la puerta del jardín. Tsai Ki temía que arriesgara la vida en un salto peligroso.

Noche tras noche los enamorados veíanse junto al quiosco. Unas veces hablaban de su amor y otras Tsai Ki cantaba, acompañándose con el laúd. Un día Won Shan trajo su flauta.

Pero los sonos de la flauta son agudos. Fueron oídos desde la casa, donde el viejo Ya-Rina rumiaba pensamientos sombríos.

—¿Quién estará tocando la flauta de siete agujeros en un jardín cerrado?—se dijo.

Los dos enamorados, absortos en su música, lo vieron aparecer de pronto ante ellos.

—¡Más vale no haber nacido—gritó Ya-Rina—antes que ver a mi hija única en compañía del hijo de mi enemigo más terrible! Y tú—continuó, dirigiéndose a Won Shan—tú, hijo de perro, cuyas huellas mismas son venenosas, huye antes de que mi justa ira extinga la luz de tu vida.

El joven palideció; pero con la firmeza que da una conciencia tranquila, repuso dulcemente que él sólo debía ser reprochado y que no tenía más deseo que el de casarse con Tsai Ki.

El viejo Ya-Rina no le dejó terminar:

—¿Crees que permitiré a mi hija unirse con alguno de tu raza, esa raza maldita que por la mentira y la impudencia nos ha despojado, tanto a mí como a mis mayores? ¡Raza de impostores que ha conseguido hasta hacerme desear vivir enfrente de mi casa para poder poner en mis frascos la palabra detestada que me quita el dinero del bolsillo! ¡Tú, casarte con Tsai Ki! Jamás. Devuélveme todo lo que los tuyos me han robado con una astucia tan lucrativa como esa de “enfrente de”. Entonces tal vez hablaremos. Por ahora, vete de mi jardín y por tu bien será mejor que no vuelvas a poner en él tus piernas flacas.

Won Shan volvió a su casa, abrumado por el dolor; no encendió su lámpara de bronce ni abrió libro alguno; se echó en su cama y pasó la noche sin dormir. De buena gana hubiera dado todos los tesoros de su familia por casarse con Tsai Ki; de buena gana hubiera ayudado al padre de su amada a hallar alguna estratagema provechosa, aun en detrimento de su propio padre. ¿Qué podía inventar? ¿Cómo conseguir que el verdadero Ya-Rina viviese enfrente de donde vivía? “¡Enfrente de...” ¡cuánta amargura causaban estas palabras a los dos amantes! “Enfrente de...” ¡Qué lúgubre resonancia tenía esta palabra en lengua china! Sonaba mejor en francés, idioma que Won Shan había aprendido de los misioneros jesuitas. En francés se podía decir: “En face de”.

Súbitamente, se le ocurrió un plan.

Apenas amaneció se vistió convenientemente; hizo el sacrificio cotidiano en el altarcito familiar y, aprovechando un momento en que no había nadie en la calle, entró en la casa del Ya-Rina verdadero.

Este quiso arrojarlo de allí; pero algunas palabras de Won Shan lo apaciguaron, y ambos, en la obscura trastienda, tuvieron un largo conciliábulo. La voz del viejo se suavizó poco a poco, palmoteó amistosamente la espalda del joven y por último lo llevó a presencia de su hija y se lo presentó como su prometido.

Esa misma noche el impresor recibía un encargo importante y al día siguiente todos los frascos de agua de olor del viejo Ya-Rina tenían esta etiqueta:

“Única, agua legítima de Tsching Fung

Preparada por Han Tsia Ya-Rina

En face de

Enfrente de Plaza Piang N.º 5”

El primer “enfrente de” estaba, como se ve, escrito en francés.

Los negocios empezaron a prosperar inmediatamente, pues es raro que los chinos sepan francés; ellos no veían en la etiqueta más que el famoso “Enfrente de Plaza Piang N.º 5”.

Las bodas de Won Shan y de Tsai Ki se celebraron con gran brillo.

Durante algún tiempo el padre de Won Shan se mostró riguroso para con su hijo; pero halagado en el fondo por el genio inventivo de que había dado prueba, concluyó por perdonarle, a condición de que Won Shan abandonara los estudios y se dedicara a la perfumería.

Won Shan consintió. Su reconciliación trajo a su vez un acercamiento entre los Ya-Rina y el sucesor de Lao King. Este acordó a su rival autorización para suprimir el “en face de”, de sus etiquetas; y el otro le autorizó para poner un gran 5 dorado en el dintel de su puerta. Los dos perfumistas tuvieron cada uno el derecho de decir “situado enfrente del N.º 5”. Y sin embargo esto mismo ha causado y causará todavía muchas equivocaciones, pues hay muchos Ya-Rina que viven a ambos lados de los dos “enfrente de...”

Tal es la historia del agua legítima de Tsching Fung.

Sophus BAUDITZ.

UN VIAJE RARO

Serían las 11 de la noche del 13 de febrero de 1905 (fecha memorable en los anales del crimen), cuando monté a caballo y partí de casa, rumbo a la Calderilla.

Veraneaba en la Calderilla mi amigo U... con su familia, y era yo su huésped y acompañante.

Y digo acompañante, porque no había allí otros pantalones que U... y el paraje es solitario y asaz aislado.

Recostada en la falda de una loma, la casa de U... domina la ancha playa del río Caldera. Veinte cuadras al frente, costean la banda opuesta, corre el camino a Jujuy. Un espeso bosque de tuscas y algarrobos cubre los terrenos adyacentes al río. Cruzando el de Wierna, como quien va de Salta a la Caldera, el monte se tupe, y hay un largo trayecto deshabitado, guarida frecuente de coyas cuatreros o de malhechores.

En dos ocasiones la "sala" de la Calderilla ha sido asaltada, aunque, felizmente, sin resultado.

El peligro de un viaje nocturno por la región no es, pues, tan remoto; y sólo la irreflexión propia de la juventud nos vedaba temerlo.

Así, a cualquier hora, caballeros en nuestras estudiantiles jacas, entecas y flojas, pasábamos sin pizca de miedo las playas ásperas y el enmarañado monte.

Luego de atravesar aquella noche, al galope, la ciudad, me sujeté más allá de la estación, y puse el caballo al tranco. Había luna, pero un grue o y oscuro nublado encapotaba el valle de cumbre, y sólo a ratos la blanca claridad se difundía por los campos. El ambiente pesado y húmedo amagaba lluvia.

Bien sujeto el revólver al cinturón, me requinté el chambergo para mejor ver; puse un "acullico" de coca y un trago de ginebra, y añadiendo acullicos a tragos y tragos a acullicos, díme a pensar en cosas indiferentes. Y avanzaba entre el clamor confuso de ranas y sapos y sabandijas, que de los charcos, y de los yuyos y de todos los vericuetos, levantan por la noche en las campiñas su obstinado, infinito vocerío.

Sin otra novedad que algunos perros bravos que me salieron al paso, quedó Vaqueros a mi espalda. En Wierna entré a comprar fósforos en el boliche de Medina.

Reanudada la marcha, y no muy lejos aún del boliche, me sorprendió el galope de un jinete que venía en sentido contrario por mi camino y que, antes de enfrentarme, se precipitó en el monte. Al otro lado del río Wierna me detuve. Un silbido agudo había hendido el aire. El ruido atronador del agua me había impedido apreciar de dónde venía el silbido.

—¿Qué será?...—me dije. Y seguí viaje, algo receloso, todo ojos y oídos.

En aquel momento la obscuridad aumentaba, así es que me costó un poco hallar el camino a la Calderilla, donde el monte es más denso. De cuando en cuando el viento traía de lejos el retumbo de una caja, o el acento salvaje de un canto indígena; y a veces, el mugido melancólico de algún toro perdido en las cañadas pasaba en alas del eco sobre el pavoroso silencio de la noche.

Hubo de hacer entretanto la ginebra su efecto, con lo que a poco me sentí valiente y despreocupado. Así es que no me asustó el bulo de un jinete plantado en medio camino, con quien casi me estrecho.

El hombre debía estar dormido, porque lo hablé y no contestó, y borracho además, porque, llegándome a él cuanto pude, vi que tenía inclina-

do el cuerpo sobre el cogote de su cabalgadura, que era una mula. El animal se había quitado el freno, aprovechando el sueño de su amo; y le quedaba de rienda la piola del bozal enredada a unas ramas. No podía, pues, disparar, aunque lo intentó cuando me acerqué.

Díme cuenta del peligro que el pobre borracho corría, a discreción de una mula mañera, y de a caballo desenredé la piola, decidiendo llevarme al jinete a lugar seguro. La mula, impaciente al principio, concluyó por acostumbrarse al tiro, se olió con mi caballo y se me puso a la par.

El jinete marcaba con descomunales flexiones de cintura las desigualdades del camino. Clavábase de cabeza, a un lado y al otro, y en las subidas se tiraba atrás, como un muñeco, tocando el anca con el sombrero, pero mantenía las piernas apretadas a los ijares de la mula, de lo cual deduje que sería buen domador.

Sin cuidarme poco ni mucho del individuo, yo iba recitando unos versos adecuados a la hora, cuando se me ocurrió pararme, para encender un cigarrillo. Observé que el borracho había perdido el sombrero y continuaba echado hacia atrás.—¡Eh, amigo!—le grité al raspar el fósforo.

Y entonces, a la claridad amarillenta del fósforo, vi una cara de muerto! ¡Una cara de muerto, ensan-

grentada, horrible! ¡Una cabellera revuelta en mechones, una boca entreabierta, unos ojos opacos!

La mula, con el fósforo, se tendió de costado y a todo correr desapareció en lo espeso del monte.

Tan grande fué mi sorpresa que me quedé clavado en el sitio. Pero la ginebra, el amor propio y el revólver me templaron la fibra, y logré rehacerme y reflexionar.

Y me acometió una sospecha terrible.—¿Habrá habido aquella noche un nuevo asalto en la Calderilla? ¿Sería, quizás, el difunto, algún peón de mi amigo U...? El jinete del boliche ¿sería acaso un asesino que huía? El silbido ¿habría sido una señal de alarma, para avisar que alguien cruzaba el río?

¡En tal caso, me habían espiado y me aguardaba una muerte inminente! Y me imaginé despanzurrado, como es de uso, entre dos lazos echados de improviso, a un tiempo, desde los opuestos bordes del camino.

¡Sí! ¡Ya no me cupo duda! Desenfundé el revólver, y con el ardor de las supremas aventuras, arranqué al trote. Pronto pasé el río de la Caldera. La casa de la Calderilla se presentó a mi vista. ¡Ya oía claramente los ladridos de los perros! Pero en la casa no se veían luces, y este detalle aumentó mi ansiedad. De repente, sentí por el camino un



¡Sálvense los neutrales!

tropel de galopes, luego un alarido salvaje, y dos jinetes sofrenaron sus caballos frente a frente de mí, cortándome el paso.

Uno de ellos, con ademán calmoso, se tiró el poncho al hombro, sacó debajo una cosa que relumbraba y la alzó en alto.

¡Me eché al suelo en un amén, y parapetado en mi caballo, le apunté a mampuesta! Iba a amartillar mi revólver, cuando el hombre dijo con seca y aguardentosa voz:

—¡Sírvasse compañero!—y me alcanzó una botella.

Exasperado, le respondí con una maldición, y montando de nuevo, llegué a la casa, donde mi amigo U... me esperaba.

Díjome que aquella noche había reinado en la casa la más completa paz.

Sin embargo, dos días después, supimos el bárbaro exterminio de la familia Quipildor, perpetrado en un rancho de Wierna, la noche del 13. El difunto que yo encontré resultó ser don Onofre Quipildor, el jefe de la familia, que había sido amarrado a la mula por los bandidos, con el fin de sembrar el terror.

Los asesinos nunca fueron tomados. Pero es casi seguro que se trataba de una de tantas fechorías del famoso Juan Jiménez, y sus cómplices Polo y Cejaador.

Juan Carlos DAVALOS.

El espía Schmidt en Londres y algunos de los mensajes que expidió a Berlín



Para evitar la conquista de Londres se ha comenzado el transporte de la ciudad a destino desconocido.



Por temor a los zeppelines se ha colocado grandes cañones en todas las fábricas.



Se están instalando redes de alambres en toda la ciudad, como protección contra los ataques aéreos.



La escasez de reclutas ha obligado al gobierno británico a convocar la Landwehr, la clase combatiente más joven.



Hay tal escasez de alimentos que aun las clases acomodadas consumen palitos hervidos.



Se ha proclamado la ley marcial y los cinematógrafos están vigilados por mariscales

Lysoform



Lavar las heridas con Lysoform, es hacer desaparecer en el acto todo peligro de infección.

Lysoform es hoy reconocido por todos los médicos como el desinfectante mejor y más poderoso.

**NO ES CAUSTICO
NI VENENOSO**

Para la toilette íntima de la mujer, no existe nada superior.

Jabón Lysoform, antiséptico para el tocador, elaborado con materias primas de alta calidad y exquisitamente perfumado.

Precio réclame: \$ 0 45

VENTA EN TODAS PARTES

Representantes en Montevideo y en Asunción (Paraguay).

Las Hemorroides

No le permiten a usted una vida tranquila

No sólo por los dolores y molestias que ocasionan por sí mismas, sino por sus complicaciones, entre las cuales las más comunes son las fisuras y las fístulas de ano, las hemorroides le impiden vivir con tranquilidad.

Usted sabe, por experiencia personal, que en cada crisis de sus hemorroides, no sólo se altera su salud general, sino que su carácter varía: a veces, sin motivo alguno, tiene usted grandes disgustos y no conoce la causa.

Si usted está en una de esas crisis, tiene la solución del problema.

Y se concibe: un dolor intenso y continuo, con exacerbaciones a veces a cada momento y picazón que no se calma; ¿no cree usted que es capaz de modificar su carácter, haciéndolo irritable?

Y bien, cure usted sus hemorroides y verá volver la calma a su espíritu. Recuerde usted que corre el peligro de una infección capaz de traer en pos de sí una fístula de ano, de lo cual no curará sin una operación que podrá tenerlo a usted por mucho tiempo imposibilitado para atender sus asuntos.

Las fístulas no operadas, son una pesadilla, pues no se puede obtener su cicatrización sin la extirpación del trayecto.

Evite, pues, la formación de ellas, curando las hemorroides en cuanto note su aparición.

"NORIDAL" es una preparación que permite obtener ese resultado en poco tiempo. Es de sencilla aplicación y nunca falla, pues descongela inmediatamente la zona inflamada.

Cada pomo termina en una cánula con orificios laterales para distribuir el medicamento eficazmente en todos sentidos.

Con "NORIDAL" hace usted desaparecer sus hemorroides.

Todas las farmacias le venden "NORIDAL" aprobado por el Departamento Nacional de Higiene C. 3358, a pesos 3.50 el pomo. Únicos concesionarios Mendel y Cía., Bolívar 879, Buenos Aires.

COMO SE EXPLICA LA SENSIBILIDAD METEOROLÓGICA DE LOS ANIMALES

Los movimientos de las aves migratorias no tienen relación alguna con el tiempo que hará dos o cuatro meses más tarde, en pleno invierno o en pleno verano. Están determinados, no por una presciencia que el hombre envidiaría, sino simplemente por condiciones actuales, de temperatura y de alimentación. Si por una u otra razón, los alimentos animales o vegetales, escasean, la especie emigra, también si se anticipa el frío. Pero no tiene presciencia alguna de la temperatura que habrá posteriormente.

Y de manera general, debe admitirse que los animales barométricos se guían, no por razones misteriosas ni proféticas, sino sencillamente por las sensaciones físicas que experimentan. También las experimentamos nosotros, los nerviosos y los reumáticos, pero no les hacemos caso.

Los animales pueden y deben tener sensaciones idénticas o análogas, y con frecuencia tienen también otras de las que no nos formamos idea, a causa de que su estructura difiere de la nuestra. Hay en los animales muchos órganos manifestamente sensitivos cuya función precisa es desconocida para nosotros. Esos órganos pueden ser impresionados por las variaciones meteorológicas mucho más que los nuestros. Pueden permitir las percepciones de las que los nuestros nos privan. Además, ciertos modos de vida, también, deben ser más favorables para la producción de esas percepciones. El descenso de barómetros, no tiene influencia mayor sobre la facultad locomotriz del hombre tiene alguna y muy apreciable, sin embargo, en ciertos sujetos; en cambio ejerce una influencia enorme sobre locomoción de las aves. Estando bajo el barómetro, la mayor parte de las aves, desde el cisne a la golondrina, vuelan bajo, pues que el aire es menos denso y menos resistente, y para volar habría que hacer gasto de energía considerable. Esta correlación entre la presión y la altura del vuelo de las aves ha sido señalada en todas partes.

Hay que tener en cuenta, además, la estructura diferente de tantos animales, hechos de otro modo y con otros elementos que nosotros.

Sabemos que muchas materias brutas o vivas sufren a causa de los cambios meteorológicos, variaciones notables. La piedra se pone húmeda cuando amenaza la lluvia; la madera se hincha; ciertas sustancias fibrosas se encogen: ray olores que se hacen más penetrantes, etc., etc. Pueden citarse una cantidad de fenómenos objetivos apreciable, que se producen en la materia inanimada bajo la influencia de las variaciones meteorológicas. No está prohibido pensar que alguna de las sustancias de que están hechas las caparzones, los élitros, las plumas, etcétera, de los animales, pueden presentar los mismos fenómenos, a cuya realidad objetiva puede unirse también una impresión física, una sensación, un fenómeno subjetivo. Los animales barométricos no son en modo alguno profetas, sino simples sensitivos.

INSECTOS QUE PERFORAN EL CINC

Conocidos son algunos insectos cuyas larvas poseen arma suficientemente fuertes para perforar hojas de plomo. Entre esos insectos figura el "Criocephalus rusticus", cuyas mandíbulas son bastante poderosas para atacar las hojas del cinc. Ya se sabía que es uno de los más grandes destructores de las maderas de construcción, y M. Houlbert, profesor de la Universidad de Rennes, ha publicado en "Insecto" un artículo ilustrado con fotografías de trozos de madera

de un tejado de abeto sumamente estropeadas por las larvas del insecto, las cuales habían perforado muchas galerías resacando la superficie. La madera estaba recubierta con hojas de cinc, y los insectos, después de su metamorfosis, habían agujereado la superficie de la madera, hasta entonces respetada, y al encontrar la plancha de cinc la habían perforado.

Indudablemente es ésta la primera vez que se observa el ataque de un metal tan duro como el cinc por un insecto. Los hechos citados hasta ahora se refieren a piezas de plomo de poca dureza, que pueden ser agujereadas por muchas especies de insectos.

SUPERSTICIONES EGIPCIAS

El cerebro de los fellahs de Egipto está lleno de locas supersticiones que probablemente tienen su origen en las leyendas nacidas al pie de los antiguos monumentos de las orillas del Nilo.

Todos los sitios antiguos tienen algo de fantástico; Karnak, con sus grandiosos monumentos es una tierra encantadora, el "ardh marsud", por excelencia. Una tradición transmitida de generación en generación mantiene entre ellos la memoria de los tesoros que encerraba el santuario de Ammon en la época del esplendor tebano. El oro brillaba sobre los tableros de las puertas, sobre el bronce de los ornamentos y de las estatuas, sobre la cal de las murallas o el granito de los obeliscos, los templos estaban llenos de lingotes, de vasos de oro y plata.

La inscripción grabada en el pedestal del obelisco de la reina Hatchepsut dice que estaba cubierto de oro de arriba a abajo, y no se comprende cómo se haya podido llevar a cabo semejante cosa, cómo se ha podido encontrar oro suficiente para recubrir del precioso metal una montaña "cuya cima se eleva hasta el cielo", dice Maspero. El dorado ha desaparecido al cabo de los siglos, y no quedan ya ni señales de oro, pero el fellah sigue creyendo que el oro está allí. Si nadie lo ve, es que los magos de otro tiempo, aquellos sabios incomparables, han envuelto el monumento de un hechizo, de un encanto que lo oculta a la vista de los mortales.

No es este el único monumento que de esta forma engaña los ojos del viajero. La mayor parte de los pedruscos y bloques de granito, de alabastro y de piedra calcárea que aparecen esparcidos por el suelo, están también encantados de la misma forma que el obelisco.

Varias veces, dice el notable egiptólogo, los guardas de aquellos lugares me han llevado misteriosamente ante un trozo de piedra medio enterrado, y después de haber mirado cautelosamente a los lados para ver si alguien nos espiaba, han golpeado la piedra con un bastón y me han hecho observar el ruido metálico que el choque producía. Los magos, me decían, han sabido ocultar el brillo del oro, pero no han podido disimular el sonido del metal. Bastaría partir la piedra y recitar una plegaria especial para ver aparecer el oro puro.

Todos los años van allí de Túnez, de Argelia y Marruecos, individuos que llegan a las ruinas para probar su suerte. En el día y hora que los libros, las estrellas y el oráculo han indicado propicia, dibujan un círculo, queman perfumes, hacen sus invocaciones y esperan que el granito se convierta en oro. Dicen los fellahs que muchos de ellos se llevan gran chasco y hacen el viaje en balde, pero que algunos vuelven a su país ricos, cargados de oro, pues los guardianes invisibles de dichos tesoros simpatizan con ellos, y les dan algo de las riquezas confiadas a su custodia.

La falsa opinión

—En este país tenemos una falsa opinión de todo—murmuraba el famoso doctor Gallardo, que hacía a los enfermos pobres visitas breves y distraídas y a los ricos largas e insoportables.—Corriendo sin orientación, jugando a la gallina ciega, tocamos al enano, que se empina llamándole eminente; ilustre, al audaz; discreto, al tonto; sabio, al parloteo, y así, entregados a los azares de este juego infantil, y equivocándonos casi siempre, formamos un corro, un círculo de carne loca, que atosiga al mundo sin dejarle rodar. ¿Quién será el ministro de aquel ministerio? Seguramente, no es quien se quedó en la gallina ciega, porque ese, al arrebatarnos la venda, se nos ofreció únicamente como un tonto oficial. ¿De quién será la obra de aquel literato que hace piruetas de palabras y taraceas de galicismos? ¿Qué seguro bisturí habrá consumado la operación que achacan al cirujano don Basilio, solamente porque la engañada opinión le haya preestado el título de *eximio*, en la gallina ciega? ¿Cómo se nos escapó del correo y del código ese truhán que dilapidó fondos municipales y cedió con usura el dinero hurtado a los pobres, y que, por la eterna, pernicioso y falsa opinión, se llama hoy el *opulento don Fulano*? ¿Gallina ciega es todo, señor don Joaquín! ¡gallina ciega! ¡error de instinto! ¡torpeza de presión y tacto! ¿Cuándo adquirirán nuestros dedos una sensibilidad tan exquisita que den siempre con lo bueno y lo justo?

Don Joaquín Palacios seguía con fatigada atención la fácil palabra del médico. Veíase que su imaginación estaba en otra parte.

—¿Y... diga usted, doctor—exclamó de pronto,—cree usted que el estado de mi tío ofrece gravedad inminente?

—De momento, no; mañana, ¿quién sabe? Siguen claras y precisas las curvas, y lo que más puede tranquilizarnos es que no han vuelto a presentarse violentas crisis nerviosas. Confíe usted, amigo mío, en esos elementos destructores de toxinas que vierten en su sangre mis sueros prodigiosos, y que han de ser, en lo sucesivo, la panacea universal. Pero, volviendo a lo anterior...

—Con su permiso...

—¡Oh! ¿Acaso le importuno a usted?

—De ninguna manera! Pero como tiene usted tanta enfermería...

—¡Loco estoy!

—¡Y, además, es la hora del torreo!...

—Nada, ilustre amigo!—exclamó el doctor, posando su mano ensortijada en la espalda del banquero, como hombre acostumbrado a este género de interrupciones y despedidas.—¡Ni usted ni yo tenemos minuto que perder! ¡Distraído con su conversación, las horas vuelan! ¡Las diez!—repitió, sacando un magnífico repetición antiguo con tapa de brillantes y haciendo sonar el mecanismo.—¡Precisamente, tengo dos consultas! ¡Lo que más odio porque, compañero arriba, compañero abajo, no sirven para nada, sino para que el doliente sufra las consecuencias de la fábula:

En esta disputa

llegaron los perros.

—¡Conque ¡adiós! ¡adiós! ¡adiós!—añadió juntando las gruesas pantorrillas, inclinándose con finura y dándole golpecitos en la mano de don Joaquín. Vendré luego.

—Si no está el enfermo de gravedad inminente, a qué ha de molestarle?

—Sin embargo, ha de decirse todo—respondió el doctor, irguiéndose y dejando que ensombreciera su rostro una súbita nube,—estemos prevenidos, por que pudiera presentarse lo que yo sé y entones...

El doctor se puso el pulgar bajo la barbilla, en un expresivo ademán de rápido escape.

—Entonces, por el cielo, señor Gallardo, ¡no me abandone usted!—exclamó angustiado el burócrata—¡déjeme lista de los sitios a donde va!

—¡No sea usted exagerado!

—¡Pero qué deducir?...!

—Si ocurriera algo, el aviso a casa y estoy aquí en un vuelo, ¡no siendo de noche!, en cuyo caso mandaré a mi ayudante.

—¡Bien! ¡bien!

—¡Adiós! ¡adiós! ¡adiós! amigo don Joaquín.

—¡Adiós, doctor!

Abrió un criado la puerta de la galería y otro la de la entrada y el mé-

EL BOOMERANG



Arma peligrosa, el boomerang de los salvajes, después de haber dado en el blanco, vuelve al punto de partida.

dico, con su rutilante sombrero de copa y su notabilísimo bastón, tan luminoso que parecía un rayo livido que se escapaba continuamente de su mano, comenzó a descender la escalera.

Palacios llamó para que se presentara el mayordomo.

—Domus—le dijo,—¿y el correo?

—Sobre la mesa está, señor; ¿tendrá el señor la amabilidad de decirme cómo sigue el señor?

—¡Mail! Domus, muy mal, diga el médico lo que quiera.

El mayordomo empezó una serie de expresivos ademanes, uno para cada pensamiento que se le ocurría, y fueron muchos y variados, desde el de la furtiva esperanza al de la más alta tragedia.

—¡Ay!—exclamó don Joaquín conmovido;—¡me explico tu amargura, buen Domus! ¡Llevas tantos años con él! ¡En cambio, Francisco estoy seguro de que no ha preguntado por su señor ni una vez sola! ¿Eh?

—¡Ni una vez, señor!; fuerza es decirlo—respondió el ayuda de cámara, como quien se ve obligado a no mentir, y a un ademán del amo, se retiró.

—Indudablemente—murmuró el banquero,—el doctor Gallardo es un sabio. ¡Tenemos una falsa opinión de todo!

Un sobre iba abriendo su delicado fauce al rasgón de la plegadera.

—¡De mi hermano!—dijo don Joaquín;—¡qué número de amargas reflexiones! ¡Cuántos reflejos de pesares hondamente sentidos me traerá esta carta! ¡Tanto como le quiere por haber sido su segundo padre!... "Ginebra, 8 de marzo. Inolvidable Joaquín: ¡mi pluma vacila entre los dedos".—¡Ya lo sabía yo!—añadió don Joaquín, interrumpiendo la lectura y luego continuó:—"¡Si parece mentira! ¡El tío enfermo! ¡El tío grave! ¡El tío! ¡Nuestro tío! ¡Aquel hombre fuerte y sano de cuerpo y de espíritu, hoy asomado a las puertas de la eternidad! ¡No! ¡no puede ser! ¡me volvería loco! Enséñale esta carta y dile

que aunque los negocios se hallan, hoy por hoy, en su grado máximo de prosperidad y reclaman mi constante presencia aquí, si me necesita, si se agrava que me telegrafe, e iré, iré, aunque su piera que me quedaba en el camino".

—¡Noble corazón!—terminó el hermano, y dejó la carta, y su pluma, dócil y amaestrada ya en los números, empezó a trazar cifras y a hurgar esos papeles especiales de crédito y préstamo con su firma de banquero, laberinto más que firma, con la vuelta de la rúbrica siempre igual y el misterioso punto infalsificable de contraseña encima del segundo trazo.

Llegó una noche; dormía el escritorio, cementerio de números, actas y letras con sus grandes tumbas de caoba, donde cada escribiente, cada día, encerraba con llave una esperanza o una aspiración; con su resaca atmósfera de humo de cigarro, disipada a medias por una ventilación insuflante; con sus tintos mohinos, cansados, llenos de negras lágrimas, y sus grandes registros, con los gastados lomos al aire, y dormía la casa de los tres banqueros, con sus largos y áureos salones de gran riqueza y poco gusto, en que el golpe continuo de los relojes ingleses fingían pasos misteriosos, que iban desvaneciéndose en las gruesas alfombras; y dormía, con la absoluta posesión de su tiempo, de ese tiempo de criado que permanece indiferente a todas las desdichas de la casa, en las tres o cuatro horas que representan su autonomía de sueño, Domus, el celoso Domus; y dormía, rendido por el peso de sus penas y de sus cálculos, don Joaquín, y permanecía adormilado don Jaime, el enfermo, y velaba únicamente Francisco, aquel pobre diablo indiferente, que no se interesaba por la salud de su señor.

Cierta idea, la única que había tenido en su vida, le molestaba, mordiéndole continuamente; el señor, aquel señor enfermo, habíase mostrado generoso con él en uno de esos días en que, por rara excepción, acude, cuando la necesitamos, la piedad ajena, y él no podía olvidar la dádiva. Don Joaquín era bueno y don Julián lo mismo; don Jaime tenía sus defectillos...; pero, en fin, era la razón social de las tres jotas, como le llamaban en la plaza; lo que a él le había servido de algo.

Y el médico decía esto y lo otro; pero lo que él veía era que su señor no mejoraba y que aquel medicazo iba por mal camino, y que quizá don Santos, el viejo facultativo que le curó, hubiera ido con su señor más atinado.

Y estando en esto, sonó a lo lejos un gemido de angustia que pareció decirle: ¡Francisco, a escape! ¡Que el señor se nos va! Y el criado, sudoroso de terror, se vistió a medias y fué a llamar anhelante al cuarto de Domus, que le refundió:

—¡Si se muere, que allá nos espere muchos años! ¡El tío...! ¡Déjame que duerma!

Francisco corrió a la alcoba. Entre las cortinas, sobre una cama de cristal, con chillona colcha de damasco, había una cabeza blanca y encendida a la par y unas facciones pronunciadas como las de un calmuco, aquellas que hacían distinguir entre toda una multitud al famoso don Jaime el banquero. Hallábase incorporado, y al descubrir a Francisco, le lanzó una mirada de tigre.

—¡Un médico! ¡Un médico! ¡Que me muero!

A los dos minutos, Francisco volaba y don Joaquín, solícito, nervioso, reboando impresiones tristísimas, iba desde el lecho a la mesa próxima redactando con pulso temblón su despacho telegráfico.

—¡Ven! ¡El tío se muere!

Al fin, los avisados ojos del enfermo, fijáronse con insistencia en la cortina, adivinando la presencia de don Santos el médico. Era éste un hombre de cráneo voluminoso coronado por cerdas blancas, ancho pecho y traje deslucido y sucio. Sentóse sin saludar; palpó, pulsó, oyó el diagnóstico del eminente Gallardo, sin olvidar lo de las curvas y los sueros y, por último, soltó una risotada que casi molestó a don Joaquín.

—¡A ver! ¡Papel! ¡Pluma!—dijo secamente, mientras don Jaime le devoraba con los ojos.

El médico extendió la receta y, en tregándose a Francisco, díjole únicamente:

—¡Tráela a escape! He recetado el alcohol alemán y, o poco le de poder, añadió maliciosamente dirigiéndose a atribulado sobrino—o antes de seis ho-

Don Baltasar de Arandia

por CARLOS CORREA LUNA

Acaba de aparecer la 2.^a edición de esta amenísima e importante obra histórica premiada por el gobierno nacional.

PRECIO 2 \$ en todas las librerías

De su interés dan cuenta los capítulos que contienen: Preparativos de la aclamación de Carlos III en Buenos Aires.—Las fiestas.—Ceballos y Bucarelli.—El gobierno de Vértiz, Arandia en Potosí.—Los Escaladas.—La ilusión de la libertad comercial.—La noticia en el alto Perú.—El nombramiento.—Los corregidores y el repartimiento.—El crimen de García Prado.—Los embrollos de la Audiencia de Charcas. Don Baltasar en tierra de Chichas.—El señor corregidor. La increíble audacia de don Salvador Patzi y Perearnau.—Una terrible jornada.—Un almacén alto peruano en 1778.—La fuga de don Vicente de la Cueva y Saldaña. El siniestro humorismo de Patzi y Perearnau.—Un corregidor como no se había visto nunca. El modelo gubernativo de don Baltasar.—Los sucesos de Tarija.—La vuelta de García Prado.—La "venganza" de don Baltasar.—La última sorpresa.—Nota final.

El mejor coche de su precio



Para inmediata entrega:

Modelo 90, Cinco asientos

\$ 4000^m/n.



Cuatro Cilindros

Arranque y Alumbrado Eléctrico

:: Magneto de Alta Tensión ::

Modelo 85B, Siete asientos

\$ 4750^m/n.

P. A. HARDCASTLE

Plaza Mayo-Pasaje Overland-Bs. Aires

ras habrán desaparecido las curvas.

—¿Quiere usted el termómetro clínico?

—Muchas gracias. Yo profeso el sistema antiguo, índice y pulgar, y con esos y mi relojito de latón, tengo suficiente.

Amaneció; la luz nueva trajo albricias a la alcoba de don Jaime que, sentado en el lecho, hablaba como en sus épocas mejores. A la hora reglamentaria se presentó Domus sin ver a Francisco que dormitaba en un rincón. Don Joaquín le contempló un instante.

—¿Y Francisco?—preguntó.—Seguramente dormirá.

—¿Señor, a ese no le despierta un cañonazo?—Comque el señor grave?—Pobre señor!

—Acérquese usted—dijo don Joaquín y le habló al oído.

—Yo, señor!—exclamó Domus azorada—¿despedido! Y ¿por qué?

—Tenía de usted una falsa opinión; no insista porque sería inútil—y añadió, señalando a Francisco:—su compañero, de quien tenía también una falsa opinión, le sustituirá a usted. ¡Hemos concluido!

Cuando se retiraba Domus, trémulo y sin saber cómo excusarse, entraba otro criado con un telegrama.

—¡Dame!, ¡dame!, ¡lo esperaba con impaciencia!—exclamó don Jaime, y arrancó el papel azul de las manos de su sobrino.

—¡Nada de valentías!—dijo severamente don Santos.

—¡Oh! ¡Oh!—repetía don Jaime, con risa irónica, alzando y bajando aquellas interminables cejas:—¡no esperaba tanto! ¡modelo de sobrinos! ¡aprende, Joaquín! ¡aprende! También de éste, valiéndome de la expresión que tanto repites, ¡tenías una falsa opinión!

Don Joaquín deletreó el telegrama de su hermano:

“¡Pobre tío! ¡imposible viaje! ¡haz suntuoso funeral y avisa!”

—¡Avísale, ¿entiendes?

—¡Tío! ¡tío!—exclamó el pobre hombre alzándose de su sillón;—hemos estado usted y yo tan embebidos en los números que no hemos tenido ocasión de apreciar toda la magnitud de esta terrible farsa!

—¡Estás en lo cierto, Joaquín!

—Por eso yo, que hoy siento muy hondamente la deslealtad de mi hermano, me retiro de los negocios, pues quizá tenga también una falsa opinión de mí mismo, y creyéndome bueno y honrado, llegue a una hora en que pague con la más negra ingratitude cuanto hizo usted por mí.

—No! ¡ja mis brazos, sobrino! hoy por hoy te quedarás con mi testamento. Usted, don Santos, tendrá sueldo en mi casa, y a ti, pobre Francisco, a quien no conocí, te compro la sumisión y el cariño; ¿te conviene? Hoy resurjo como el fénix de mis propias cenizas, de las cenizas en que me habría convertido el ilustre Gallardo!

—¡Calle usted, tío... que aquí viene! En la antecámara oíase la alegre voz de la eminencia. Don Santos se estiró el chaleco.

La puerta charolada lanzó un reflejo turbio al abrirse para dar paso al ilustre doctor.

—¿Cómo? ¿Qué es esto?—preguntó sorprendido;—¿se halla peor don Jaime?

—No lo quiera Dios!—exclamó alegremente don Joaquín;—bueno está, y de tal modo, que hoy mismo ha de vestirse para hacer su vida ordinaria: ¡ya no hay curvas ni temperaturas! ¡Pero... siéntese usted, doctor! ¡He de felicitarle! ¡Efectivamente, tenemos una falsa opinión de todo! ¡Hablemos, si usted quiere, de la gallina ciega!

Leopoldo LOPEZ DE SAA.

Indicaciones útiles para el campo

DESINFECCIÓN DE SEMILLAS

La inmersión de los granos de trigo que han de servir para la siembra, en agua con formol es una precaución eficazísima contra la carie y para librar al trigo y otros cereales de los esporos de carbón que los infestan. Este procedimiento de desinfección se practica en Francia, por ejemplo, desde hace años, de modo que existe seguridad completa sobre su eficacia.

Se empleará baños muy diluídos: medio litro de formol común en el comercio (que contiene 40 % de aldehído fórmico), en 100 litros de agua, es lo bastante. En particular para la carie, este baño de formol da más resultado que el tratamiento generalizado de sulfato de cobre y de cal. Se tendrá sumergidas las semillas unos diez minutos para que el líquido penetre bien en las hendiduras de los granos.

La operación se realizará poco antes de sembrar.

CONSERVACIÓN DEL ABONO

Sabido es que el abono de estiércol a causa de prolongadas fermentaciones, pierde al cabo de cierto tiempo mucho de su valor fertilizante. Para detener la fermentación y, por consiguiente, conservar el abono durante largo tiempo se lo debe regar con agua en la cual se haya vertido 10 gramos de ácido sulfúrico por litro de agua. Después, quince días antes del empleo del abono, se restablece la fermentación regándolo con una solución de carbonato de potasa, la cual neutraliza el ácido sulfúrico, y se le agrega unas paladas de estiércol fresco. El abono no tarda en recobrar todas sus cualidades útiles.

ÉPOCA PARA EL CORTE DE ARBOLES

La estación en que se corta los árboles influye en la calidad de la ma-

dera. He aquí el resultado de un experimento al respecto: Cuatro magníficos pinos, de la misma edad, de igual vigor y crecidos en el mismo terreno, fueron cortados en las siguientes épocas: el primero, a fines de junio; el segundo a fines de julio; el tercero, a fines de agosto y el último a fines de septiembre. Los go fueron convertidos en vigas iguales y secadas de idéntica manera.

Se ensayó la flexión de las vigas y se comprobó que la del árbol cortado en junio presentaba una resistencia mucho mayor—casi el doble—que la del árbol cortado en septiembre. No sólo la madera de invierno es más sólida que la de verano, sino que dura mayor tiempo: estacas sacadas de las ramas cortadas en junio se hallaban en perfecto estado al cabo de diez y seis años, mientras que las de madera obtenida en primavera se quebraban fácilmente a los tres o cuatro años de uso. Es, pues, mucho mejor la madera del árbol cortado en otoño o en invierno.

MASILLA PARA INJERTAR

Se puede preparar una excelente masilla para cubrir los injertos haciendo fundir lentamente a calor suave 820 gramos de resina ordinaria; en el momento en que la resina adquiere la consistencia de un jarabe claro, se le agrega 300 gramos de alcohol de 45 grados. Una vez bien mezcladas ambas substancias, se vierte la mezcla lo más rápidamente que sea posible en un recipiente que pueda ser cerrado herméticamente. Esta masilla sirve para cualquier época; no perjudica la corteza ni los renuevos tiernos y no se introduce en las hendiduras. Una sola capa basta para proteger los injertos y cubrir las heridas hechas en el tronco. Mediante su empleo se puede también cortar ramas en pleno verano. Se seca pronto y forma una capa delgada y coherente que no se agrieta ni se desprende.

Maniobras militares

Escenas de la vida campesina en el Perú

(Inédito)

Un raudo batir de alas
evoca a una legión de serafines
que, de la tierra por humildes galas,
abandonase las celestes salas,
del éter trasponiendo los confines...

Bandadas de palomas
son, que el zig-zag dibujan
de caprichoso vuelo,
como amantes que se huyen y se empujan
y alternan sus enojos y sus bromas,
mientras arde en sus pechos el anhelo...

En desalado impulso
se ciernen por los aires; y una zeta
enorme delineando sobre el flojo
añil de las colinas,
se van... como si huyeran las vecinas
garras candentes de un fantasma rojo.

¡Estride la corneta!
Y al golpe de los cascotes se estreñece
el aldeano alfoz; ya se repleta
de infantes; ya aparece
el soberbio escuadrón aparatoso;
fucilan los aceros; y se escucha
el ruido belicoso,
procinto de la lucha.

Las dianas a lo lejos repercuten;
y en la extensión percuten
los primeros disparos...

¡Cuán hermoso,

al fondo de la agreste encrucijada
—como por chispa eléctrica impelido—
es el grupo aguerrido
lanzándose a bandera desplegada
hacia el glorioso encuentro del olvido!

Lujuriante verdor de la arboleda
le entorna, y vaticinios le simula
de éxito; al paso que la Muerte adula
su orgullo, entre macabra polvareda.

Allá van los jinetes... A lo lejos,
entre la verde red de los boscajes,
sus vagos uniformes se vislumbren
como una fluctuación de albos encajes;
parecen—cuando vibran y deslumbran
sus armas, con fulmineos reflejos—
estrofas de epopeya hechas mirajos,
y dispersadas en cien mil espejos.

¡Y es sólo un simulacro!
Imitan los valientes la campaña,
y en guerrear se adiestran;
mas, convencidos de su fe patriota,
el mismo sacro
empeño allí demuestran
que al expugnar hostilidad ya rota.
Así en aquel remedo,
como en feral sañudo desafío,
cien veces esa impávida cohorte
los ocho capitanes dará al ruedo,
que Alejandro lanzó, de invicto porte
contra los combatientes de Darío.
Y es que los hombres de un amor cruzados
en su alma llevan la verdad de todo;
y son, por su ideal, del mismo modo
en hechos o en ficciones esforzados.

Mirad a aquel infante
que, rezagado y lento,
por el suburbio afuera se encamina,
y en súbito conflicto se amohina,
acerca de su rumbo vacilante.

Relucen sus galones de sargento
al par de sus pupilas de muchacho...
¡Qué importa no encontrar al regimiento,
si... viene una cholita a dar contento,
montada a la jineta sobre un macho!

Cuántas veces, cruzando su camino,
pensó el soldado en desertar por ella;
y, próximo a retar, ciego, al destino,
detúvose en su arranque peregrino
una flor obsequiada por la bella.
Así es la voluntad: le opone el hado
mares y montes, y en seguir se obstina,
hasta lograr el éxito anhelado
y dominar la ley que la domina.
Y, en la prosecución de sus empeños,
arrójale una flor... ¡y la contiene!

Porque todos, al fin, son sólo sueños;
y en esa débil flor que la entretiene,
la sustancia ideal de ellos le alcanza;
su posesión contenta a su esperanza...
y color y perfume, en connivencia,
cual logro que a otro superior se avanza,
detienen su final concupiscencia.

Mas, ahora... ¡Héla allí! Ríe y suspira...
Y él está sólo, y marcha a su albedrío.

¡Qué hermosa! ¡Qué fresca
enlozana su sér! Cuando le mira,
con los ojos parece que dijera:
—¡Ven! ¡Eres mío!...

¡Tuya soy! ¡Un instante de ventura
bien merece perder la vida entera!

Y, pasando, convierte, hechizadora,
para mirarle más, la cabecita:
voluptuoso deliquio la doblega:
la luz de su mirada parladora
le envía un no sé qué... que a huir le incita,
porque llama... promete... impone y ruega—
¡y el pasmo del deleite vaga imita!

Pero, clama a lo lejos el sonido
de la marcial corneta: y el valiente
renace en el amante enardecido,
que al són dirige la ceñuda frente.

¡Una última mirada!...
Como hábito de esencia capítosa,
le embriaga, aun a distancia, su hermosura.
¡Oh virgen campesina! ¡Cuán donosa
expresión te realza la figura!
Arrebatarse creiste, a su mesnada
al amante guerrero; y conclusura
eterna con tus brazos estrecharle:
y hélo ahí que se aparta, y de tu senda
huir parece, a la tenaz llamada
del celéstico són.

Aun el mirarlo

(¡ingrato!) en tu ilusión te regocija.
Increíble es que parta y no comprenda
en dónde el paraíso
del hombre esté: do el mayor riesgo
que mayor y más dulce triunfo alcanza
premiando a la esperanza.

—¿Quién a tus ojos apretó la venda
que ver te impide lo que mi alma quiso?
¿Quién a tu mente la impulsó a aquel sesgo
que simula un desdén, cuando es locura?
Las mieles de mis labios,
los cielos de mis ojos,
la flor de mi hermosura:
¡todo en desprecio inmerecido dejas,
como si fuesen a tu orgullo agravios!...
Y huyes de mis sonrojos,
y en busca de la muerte (¡ay me!) te alejas,
para dar a los buitres en despojos
lo que al beso le niegas, de mis labios.
¡lo que colma en delicias mis antojos!...

Así decir parece
la desairada moza.
E irguiendo el busto, que fugaz suspiro
con voluptuosos dejos estreñece,
enarca la cintura
y la turgente morbidez ostenta
de su impoluto cuerpo.
La llama de sus ojos se acrecienta.
La pálida tersura
de sus mejillas roza
cual rápida ilusión, que desvaneco
un ábrego iracundo, una libélula...
Y torna a suspirar. Alza los brazos,
con gesto que dolor profundo finge,
y de la roja cinta ata los nudos
que sus cabellos ciñen en la nuca...

Desde lejos, el guapo ve a la bella...
Otro clangor se escucha; él desaparece,
Cupido entre las brumas desfallece,
mientras broncan ecoicos choques rudos
y su caos el humo en lo alto mece...

Y, entre aquel són y la mirada aquella,
La Muerte y el Amor cambian saludos...

Juan SILENCIARIO.

Barranco, 1910.

Por qué se quitó Juan de la bebida

No bebo; he dicho que no bebo... Sí, es verdad,
he bebido mucho, como el primero; me habéis visto
borracho muchas veces. ¿Por qué voy a decir otra
cosa? Antes de casarme y después de casado... a
pesar de lo que yo quería a aquella pobre... Bas-
tante la hice padecer con esto... Por ella y por
no verla llorar y desesperarse me contenía más
de cuatro veces... Y por ella, casi, casi, llegué a
quitarme de la bebida mientras vivió. Pero cuando
la perdí de aquel mal, en cuatro días, tan joven,

tan llena de vida, cuando me vi solo con ese hijo,
una criatura de cinco años... ¡Aquella mujer tan
buena, tan trabajadora, tan sufrida!... Como no
se ha conocido otra.

Vosotros sabéis lo que era para mí. ¡Cuántas
veces me lo habéis dicho! ¡Qué suerte has tenido,
Juan! ¡Y perderla así, para siempre! ¡Verme solo,
entre aquellas cuatro paredes, que se me caían en-
cima... con mi hijo, mal cuidado, mal vestido!...
¡Andaba como un loco!

Y por no pensar en nada o pensar menos, volví
a la bebida; era mi consuelo. Bebía hasta perder
la cabeza. Y entonces me parecía verla, que es-
taba junto a mí, que hablaba conmigo... Si me
llevaba a casa el aguardiente, cuanto más bebía,
más verdad me parecía aquella ilusión. Tanto que
mi hijo se abrazaba a mí, asustado, y me decía:

—Pero ¿dónde está mamá? ¿Dónde está? ¿Es
verdad que está aquí?

—Sí, aquí está. ¿No la ves?

—No; yo no la veo—me decía llorando y muer-
tecito de miedo.

Una tarde volvía yo del trabajo; al abrir la
puerta, oigo gritar y veir a mi hijo... Entro y...
¡No podéis figuraros! Me lo veo con los ojos ex-
traviados, la boca torcida, con una convulsión...
lloraba, reía, cantaba... todo a un tiempo... ¿Qué
te pasa? ¿Qué tienes? Sobre la mesa estaba un
frasco de aguardiente, vacío... Lo comprendí todo
y en un arrebatado de furia fui a pegarle; levanté
la mano.

—¿Qué has hecho, granuja? ¿Bebiste el aguar-
diente? ¡Te voy a matar!

Y mi hijo entonces, con el espanto que le hizo
volver la razón, con una voz de angustia que no
olvidaré nunca, me dijo:

—¡No me pegues, padre, no me pegues! ¡Fué
por ver a mamá, como tú la ves otras veces!

¡Comprenderéis ahora por qué no bebo ni vol-
veré a beber en mi vida!

Los amigos de Juan apuraron en silencio el
último sorbo, alguno con amargor de lágrimas con-
tenidas, y fueron saliendo de la taberna, callados,
pensativos, sin mirarse los unos a los otros, con
sorpresa de cómplices y remordimientos de crimi-
nales.

Jacinto BENAVENTE.

El topo regicida

Desde que los gansos del Capitolio salvaron con
sus graznidos la capital del Imperio, amenazada por
los galos, han sido numerosas las ocasiones en que
las bestias desempeñaron papel importante en la po-
lítica de los pueblos, alterando a veces con su inter-
vención hasta el mismo curso de la Historia.

Un humilde topo influyó de tal modo en la de In-
glatera, allá por los comienzos del siglo XVIII, que
durante cincuenta años después, fué el objeto de los
brindis en toda reunión política celebrada por la
aristocracia de Inglaterra, Escocia e Irlanda. La ra-
zón de este honor concedido al topo es curiosa en
extremo. Paseando un día a caballo por Richmond
Park, en Londres, el Rey Guillermo III, llamado de
Orange, dió mortal caída por haber tropézado en una
topera el soberbio alazán que montaba el soberano.
Como quiera que el accidente devolvió el trono de
Inglaterra a la rama de los Estuardos, arrebatado a
Jacobo II por el de Orange, los "jacobitas" feste-
jaban el suceso brindando en sus banquetes por "el
pequeño caballero vestido de terciopelo negro, que
tan buenos servicios prestó en 1702". El caballero
misterioso no era sino el bichito constructor de la
topera regicida.

El Papa Adriano VI y Carlos V

Como es sabido, Adriano VI fué el maestro del
magnífico emperador Carlos I; tanto le consideraba
que puso mucho amor y alguna parcialidad para que
cesara el odio entre el monarca español y Francis-
co I de Francia, y confirmó a los reyes españoles
el privilegio de la Real Nominación de Obispos.

El César tenía en gran aprecio un joven clérigo
italiano que había conocido en Alemania, y como
éste pretendiera un grato beneficio de la Iglesia
romana, solicitó de su augusto amigo el valioso
apoyo cerca del pontífice.

Carlos V hizo saber su deseo a su maestro, y co-
mo el Papa viera que el sacerdote concursante era
gran amigo de lujos y de comodidades, pero no de
vida austera, contestó a su discípulo denegándole
el servicio, y cuando éste le preguntó, un poco vio-
lento, que por qué no le había complacido, Adria-
no VI respondió secamente:—"Porque quería ador-
nar a las iglesias con sacerdotes, pero no a los sa-
cerdotes con iglesias..."

Un aniversario

Alberto Livry fué muy rico allá por los años de su juventud, ya lejana. Por culpa suya y de los demás había dejado de serlo. Pero gracias a la energía de su carácter siguió siendo lo que se llama un hombre de mundo. Para cubrir las apariencias, a pesar de la ridícula mezquindad de unas rentas minúsculas que le quedaban y que apenas bastaban para impedirle morir de hambre, sabía imponerse toda clase de privaciones.

Habitaba un sobabanco, casi desamueblado, pero de una lujosísima casa, cuyo portero, de irreprochable indumentaria, decía siempre que el "señor no estaba en casa" cuando iba alguien a visitarle. Su alimentación estaba reducida a lo estrictamente necesario, y se la confeccionaba él mismo, cociendo en un infiernillo espesos caldos, que duraban a veces varios días.

Pero una o dos veces al mes se le veía cenar en algún restaurant de moda. Se privaba de fumar, de encender fuego para calentarse y casi de la luz. Sus trajes, poco numerosos, eran objeto de los más solícitos cuidados; pero si hacía mal tiempo podía permitirse el lujo de tomar un coche para ir a hacer una visita. De este modo, y a pesar de las privaciones, conservaba, luchando sin desfallecer nunca, lo que más apreciaba en el mundo: su prestigio personal.

Eran las cuatro de la tarde cuando Alberto Livry se presentaba en casa de la señora de Fontbone, que al cabo de una ausencia de varios meses volvía a señalar un día de la semana para recibir a sus amistades. Al entrar en el hotelito de la avenida Henri-Martin, experimentó la íntima satisfacción que siempre le producía el lujo. Cuando llegó al saloncito en que se hallaba completamente sola Clara Fontbone, sintió la emoción, plácida y cruel a un tiempo, que desde hacía tantos años sentía al hallarse en su presencia.

Clara, aun hermosa, con los cabellos rubios, sin una cana y la tez fresca, era un dechado de distinción y de finura. Recibió a Livry con su habitual sonrisa bondadosa. Alberto le besó la mano y se sentó cerca de ella.

Hablaron; Clara de su hija, que se acababa de casar, yéndose con su marido a vivir a las colonias. Se quejó después de sus amigas, que a pesar de la invitación que les había mandado, no habían ido a verla, por lo cual hubiese pasado sola la tarde a no ser por su fiel amigo Livry.

Este la miraba sin hablar apenas. De pronto le dijo:

—¿Sabe usted que hoy hace veinticinco años que nos conocimos?

—¿Qué terrible memoria tiene usted! ¿Está usted seguro de no equivocarse tan memorable fecha?

—Ya lo creo; segurísimo. Fué el 6 de septiembre, en el castillo de los Auril. Acababa usted de casarse con Fontbone, y él me presentó a usted...

—Mi marido le quería a usted mucho. Fué usted nuestro mejor amigo, y cuando murió siguió siéndolo mío.

Y añadió:

—¡Veinticinco años! ¡Son las bodas de plata de nuestra amistad!

Alberto miraba hacia el suelo, levantando la vista y, fijando la mirada en su amiga, exclamó:

—Ya sabe usted que desde entonces la amo:

—Sí, sí que lo sé—contestó Clara riendo.—Me lo dijo usted muchas veces en otros tiempos. Ya recordará usted que le permití decirme lo; pero con la condición de que las declaraciones estuviesen escritas en verso. Al principio me dijo usted que eso era demasiado difícil y que me estaba burlando de usted. Después acabó por aceptar, y los dos leíamos las poesías en voz alta... Bueno: ¿qué tiene esto de particular? ¿A qué viene poner esa cara tan trágica?

—Es que me estoy acordando de lo mucho que he sufrido! Porque es usted la única mujer a quien he amado en mi vida. Porque la he querido hasta el extremo de querer matarme por usted, se lo juro. ¡Demasiado lo sabe usted! Apartaba usted todo a broma, y yo no me atrevía a hablar claro por temor a que me arrojase usted de su casa... ¡Pero ya sabe usted que todo era verdad!

—Lo único que yo sé es que estaba



—¿Cómo? ¿Le has prometido al capellán que no vas a blasfemar más? Entonces, ¿quién cuidará las mulas?

casada con un excelente hombre que era amigo suyo, y que después de su muerte tenía que educar a mi hija; sin contar con que me causan horror ciertas cosas y ciertas complicidades... Pero ¿por qué me dice usted hoy todas esas cosas?

—No lo sé—contestó Alberto con naturalidad.—Probablemente porque un día u otro se las tenía que decir; este amor ha ocupado un puesto tan importante en mi vida, que ya no quiero morir, cueste lo que cueste, sin saber si usted lo había adivinado. Ahora está ya demasiado lejos para que mis palabras puedan ofenderla... Esto es todo.

Clara le miró con fijeza.

—Livry, no dice usted la verdad. Dice usted hoy estas cosas porque mi hija acaba de casarse, y porque usted sabe que yo no me hubiese vuelto a casar antes de que ella lo estuviese, por nada de este mundo. Esperaba las palabras de usted, y esta es la causa de que me haya encontrado usted sola... No soy joven; pero tampoco soy vieja, y no quiero envejecer en la soledad... Usted es el más antiguo y el más querido de mis amigos. Conozco su carácter y la bondad de su corazón, porque durante veinticinco años ha permanecido casi completamente fiel a un amor sin esperanzas... Sé que el final de mi vida será feliz al lado suyo.

Y le dió la mano sonriendo.

Alberto no pudo contestar en largo rato a causa de su estupor, pues jamás pensó en pretender la mano de Clara por estar seguro de que ésta se la habría negado. Su alegría era inmensa, pues nunca había dejado de amarla. Pero de pronto se puso del color de la grana, recordando su pobreza tan bien disimulada, la farsa de elegancia que con tantos esfuerzos estaba representando y que no tenía más remedio que confesar. E inmediatamente exclamó:

—Oiga usted, Clara: ante todo, debo darle a usted cuenta de mi situación... No es tan buena como parece... Hace tiempo que estoy arruinado... Soy pobre...

—Ya sé, ya sé...—contestó Clara con dulzura.

Alberto hizo un gesto de asombro, y después, con una amarga sonrisa en los labios, añadió:

—No, no lo sabe usted. Para usted el ser pobre consiste en vivir sin lujo, sin derrochar, modestamente... Pero yo... lo mío es peor... mucho peor...

Clara le cogió la mano cariñosamente y le dijo:

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Doctor ZAMBRINI

Profesor suplente de la facultad de medicina

Jefe de clínica del servicio de nariz, garganta y oídos del Hospital San Roque

531-TUCUMAN-531

2 a 4 p. m.

Dr. Apolo M. Ratto

SEÑORAS Y PARTOS

Cabildo, 2961

Unión Telefónica, Balgrano 1169

CONSULTAS DE 1 A 3 P. M.

Fracturas - Luxaciones

Reumatismo

Kinesiterapia y masaje médico

Rodolfo Cocini

VENEZUELA, 908 U. T. 7466, Lib.
Consultas de 2 a 4 p. m.

DENTISTAS

J. BONANSEA



Cirujano dentista de las Facultades de Bolonia y Buenos Aires. Moreno 990.—U. T. 3699 (Libertad).

—Ya lo sé, amigo mío... Le digo a usted que lo sé... Es muy difícil ocultar un sistema de vida, y todo el mundo está al corriente de la que usted lleva... Conozco sus atroces privaciones, su lucha cotidiana por guardar las apariencias... Es horrible; pero revela un temperamento admirable... Yo le haré olvidar todo eso.

—¿Que todo el mundo sabe... que están todos al corriente—balbuceó Livry.

Se quedó como petrificado. Apenas podía respirar. Pensaba en la alta sociedad burlona, espiando todas las fases de su pobreza; asistiendo, sin que él lo sospechase, a aquella ridícula comedia que él había representado para mantener un prestigio ilusorio.

Una vergüenza febril le torturaba y envenenaba su inesperada felicidad...

Federico BOUTET.

Las nueces son el alimento natural más sano y nutritivo. Calculado por calorías, el valor intrínseco de las nueces es el siguiente: nueces, 1.665 calorías; almendras, 1.660 calorías; y avellanas, 1.575 calorías. En cambio una libra de la mejor carne de ganado da solamente 1.025 calorías, y la pechuga de gallina 745.

El análisis químico demuestra que una nuez es dos veces más alimenticia que un huevo de gallina, y una libra de nueces más que un bife, una libra de pan y otra de mantequilla juntos. Además, la proteína vegetal es muy superior a la proteína animal.

mal. No existe otra sustancia con la cual se pueda preparar mayor diversidad de platos que con la nuez. Para las personas que, a causa del hábito, no pueden prescindir de la carne, se ha descubierto una mezcla de maní molido con gluten de trigo, que tiene exactamente el mismo sabor que la carne. Y hasta hay quienes afirman que, por todo ello, las nueces están llamadas a resolver los dos problemas más complicados de nuestra civilización: el problema económico y el sanitario.

En Australia, acaba de utilizarse por primera vez la fuerza del surtidor de un pozo artesiano para la producción de electricidad.

En Thargomindah (Queenslandia) se ha equipado por medio de turbina y dinamos un pozo artesiano cuyo surtidor, convenientemente utilizado, dará una potencia útil de 6.500 kilovatios para el alumbrado de la población.

No es frecuente hallar un pozo artesiano con una presión y un rendimiento tan alto como los mencionados; pero indudablemente existen muchos de cuyas aguas podría extraerse útilmente cierto número de caballos de vapor, sin entorpecimiento ni perjuicio para los demás usos del agua obtenida.

Los tapones de corcho que como se sabe son atacados por los ácidos y otras sustancias corrosivas pueden conservarse indefinidamente si se los hace hervir varias veces en parafina y cera alternativamente, permitiendo que después de cada operación se enfríen a fin de expeler todo el aire de los poros. Estos tapones además de conservarse mucho tiempo se cortan con gran facilidad.

"Vida del almirante don Cristóbal Colón"

por FERNANDO COLÓN, su hijo

EXCELENTE EDICIÓN DE UNA IMPORTANTE OBRA HISTÓRICA
En un tomo de 300 páginas, impreso en papel fino

Precio: \$ 2.50 M/N

En venta en las librerías de la Capital Federal
Los pedidos del Interior, acompañados de su importe deben ser dirigidos a

EDICIONES LEMARCO

Montevideo 1088

Buenos Aires

FRAY MOCHO

SE PUBLICA
LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre \$ oro 2.00	Trimestre . . . \$ 3.00
Semestre 5.00		Semestre 6.00
Año 9.00	Semestre . . . 4.00	Año 11.00
N.º suelto . . . 20 cts.		N.º suelto . . . 25 cts.
N.º atrasado . 40 .	Año 8.00	N.º atrasado . 50 .

Dirección y Administración: P. COLÓN, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están airovistos de una credencial de esta revista.

La granja de Lukné

(Cuento escandinavo)

I

Arrancaba del ancho fjord (1) principal un brazo largo, estrecho, que se hundía como una cuña entre los peñascos, en donde desaparecía describiendo numerosas sinuosidades.

Las altas cimas de las montañas proyectaban sus densas sombras en el espejo de sus tranquilas aguas.

Allá, bajo la acción del huracán, la vasta superficie del golfo se encrespaba en ondas coronadas de espuma, que corrían rugientes a estrellarse contra la muralla de las rocas, donde en su loca rabia se partían, para caer hechas polvareda de perlas. Aquí, por el contrario, la senda líquida parecía descansar, en calma y obscuridad, entre los graníticos paredones. Tranquilas e indolentes aquellas leves ondas adormidas parecían sonreír cuando el viento jugueteaba rozándolas al paso, como para darles un beso de despedida.

Siguiendo aquel brazo del fjord en sus meandros a través de las montañas y las rocas escarpadas, se veía después de innumerables vueltas extenderse las aguas nuevamente y reflejar en su húmedo espejo el profundo azul del cielo, radiante de sol. Poco a poco las cumbres se achataban, hasta hacer lugar a una ribera, cuyos jardines y campos cultivados ofrecían en medio de esta naturaleza abrupta un aspecto más a propósito para deprimir el ánimo que para levantarlo. Más lejos aún, las campiñas, las llanuras y los vergeles eran más espaciosos todavía, eran de vegetación más exuberante y formaban un paisaje mucho más animado. Fuentes alegres y vivas corrían saltando rumorosamente desde las montañas al valle, trepando por sobre las rocas y pedruscos, uniéndose luego sus plateadas aguas al cristal transparente del fjord.

En el sitio en que por fin hallaban límite las adustas murallas de piedra, extendiéndose una verde ladera en la que estaba situado un gran cortijo, en torno de la cual, como es de uso en Noruega, levantábanse diseminados aquí y allá gran número de pequeños edificios. Era la granja de Lukné, cuyo propietario era Lars.

Este era llamado por algunos "el hombre de Lukné" o más familiarmente "el mancebo de Lukné"; pero si alguien pretendía ser el bienvenido a aquella casa, saludábale sonriendo con el nombre de "Lars el oso". El visitante estaba casi seguro en tal caso de ser agasajado en cambio con una sonrisa y un jarro de la mejor cerveza elaborada en la granja de Lukné.

Lars había merecido estos diferentes nombres en diferentes circunstancias: era "el hombre de Lukné" en su calidad de dueño de la propiedad; y "el mancebo de Lukné" en recuerdo del tiempo en que servía como peón en el cortijo.

Después hizo la corte a la heredera, una joven de veinte años; así que cuando murió el padre quedó él solo como único dueño de toda la finca.

El apodo de oso lo debía a un acto de heroísmo. Un día un oso de talla gigantesca asaltó a una vaca de la granja de Lukné; ya el monstruo plantaba sus garras en el flanco del pobre animal, cuando acertó a pasar Lars. Sin vacilar un instante, arranca una gruesa estaca de la próxima empalizada, y con tal arma pónese a pinchar reciamente el lomo de la fiera. Pero esta última, furiosa, al verse tratada con tan pocos miramientos, y sobre todo al sentirse incomodada cuando se preparaba a hacer un espléndido almuerzo, suelta la vaca y empujándose sobre sus patas traseras se precipita con furia sobre su agresor; algunos segundos después trabábase el hombre y el oso en un combate cuerpo a cuerpo, que hacía pensar en el tormento de "la doncella de hierro" en la Edad Media.

Lars, no habituado a semejantes abrazos, no se hubiera imaginado antes que sólo dos brazos tuvieran tanta fuerza como para dar la muerte al cerrarse sobre él como los hierros de una trampa, y por su parte el oso no había sospechado que entre su pecho y el del valeroso mancebo había espacio aún para un buen puñal. Si lo hubiera sabido, es evidente que hubiera comenzado por apretar aún más. Lo cierto es que cuando al fin el oso lanzando un formidable rugido permitió que Lars se zafase, el cuchillo de éste había atravesado la gruesa piel de la fiera, hundiéndose profundamente en su corazón. Produjose entonces una lucha desesperada, una lucha a muerte.

Cuando cayó el oso herido mortalmente, Lars cayó al lado de él, cubierto de sangre, exhausto, y permaneció mucho tiempo, muchísimo, desvanecido y sin socorro.

Cuando después acudieron en su auxilio, se reconoció, por las muchas y hondas cicatrices del joven, que las garras del oso estuvieron bien cerca de abrir a su sangre una salida que habría determinado una hemorragia imposible de contener; pero también se comprobó que había sido necesario un puño firme y bien ejercitado o una suerte inesperada para haber podido manejar el puñal en tal situación. Así terminó aquel combate, para honra y alegría del vencedor.

Año y medio después "el mancebo de Lukné" se transformó en "el hombre de Lukné".

Lars vivió feliz con su mujer; la quería, y aunque no tenían hijos se consolaba diciendo:



—¿No sabes, chico, que a tu edad es muy malo fumar?
—Sí, señora; por eso estoy tratando de abandonar el vicio.

—No me gustan mucho los chicos.

Y agregaba:

—Tal vez por eso Dios no nos ha dado ninguna.

Pero Dios había dispuesto otra cosa. Doce años después de su casamiento, la mujer de Lars dió a luz dos gemelos, dos muchachos grandes y robustos; que parecían haber agotado todas las fuerzas de su madre, pues que murió pocos días después de su alumbramiento. Se durmió tranquila, suavemente; la vida se extinguió en ella como se apaga una lámpara falta de combustible.

La muerte de su mujer tuvo una influencia extraordinaria sobre el carácter de Lars; sintió caer de golpe sobre él una gran tristeza que no supo ni ahuyentarse tan particular y se manifestaba de una naturaleza tan particular y se manifestaba de una manera tan inexplicable, que nadie podía compadecerle.

El golpe lo había tomado completamente desprevenido. No podía comprender cómo su mujer, cuando todo peligro parecía haberse desvanecido, se había inmóvilizado de pronto, palideciendo silenciosamente con livida palidez. ¿Qué había querido decirle, ella, cuando se incorporó sobresaltada en el lecho y clavó en él una mirada penetrante y persistente, como si hubiese querido imprimirle en el alma un recuerdo eterno, un consejo supremo de que dominara en el porvenir su genio arrebatado?

Y cómo sucedió después que su mujer se desplomó sobre sí misma, cayendo hacia atrás como se cae un árbol herido en la raíz?

Y ¿cómo aquellos mismos ojos, tan llenos de cariñosa solicitud, fijáronse luego en él, vidriosos, sin luz, pero con una insistencia tan singular, que le hizo sentir un escalofrío glacial que le heló hasta los tuétanos, y le obligó a asirse de la cama para no rodar por tierra?

¿Era aquello lo que se llama la muerte? ¿Su mujer estaba muerta? ¿Y así de pronto? Sí, sin ningún aviso previo, un poder superior había invadido de pronto su tranquila y descuidada existencia, y había dicho:

—"Lars Björn (1) aprende a vivir solo por algún tiempo".

Sí, su mujer estaba muerta, bien muerta.

Los dos ojos que habían velado sobre él y sus ímpetus de carácter se habían cerrado para siempre.

Así se hundió su dicha de un solo golpe.

Hasta entonces se había acostumbrado a dejarse guiar, pero las manos que le habían conducido suave y cariñosamente a través de la vida, las manos que habían sido su sostén, estaban exangües, y según el uso, juntas para la eterna plegaria de los muertos sobre el pecho de la difunta.

—Por Dios ¿si habrá perdido el juicio? decíanse en voz baja las gentes de la granja cuando oían a Lars, en su desolación y su furia, aullar como un lobo herido. Bajo el imperio de la feroz desesperación que estallaba en él como una tormenta, había concluido tal vez por el suicidio si no hubiese buscado un derivativo a su cruel sufrimiento. Este derivativo lo hallaba en la ira.

Llegó poco a poco a rebelarse contra todo lo que existe en la tierra, hombres y cosas, de tal modo, que todo el mundo tuvo miedo de acercársele.

En esa época, permanecía todo el santo día sentado en la cabecera de la larga mesa, solo, con los ojos inyectados en sangre, fijos en el vacío.

A veces solía atreverse alguna criada a entrar, aunque temblando, y llevarle alimentos y cerveza.

Pero Lars no quería comer ni beber.

—¡Peor para ti!—murmuraba asustada la sirvienta, apresurándose a llegar a la puerta para escapar de allí.

No le que daba entonces más sociedad que la de un moscardón que zumbando y revoloteando iba continuamente a golpearse contra los vidrios de la ventana.

y se parecía en su obstinación a Lars Björn, no comprendiendo mejor que él por qué no podía salir del cuarto y dirigirse a donde le diera gana.

Por dicha, las faenas de la granja no padecían mucho con esa actitud del amo. Lars había dirigido siempre el timón con mano enérgica. Ciertamente que la tal mano era guiada por su mujer.

La impresión que había impreso doquiera persistía aún, por razón de fuerza adquirida. La muerte se había llevado a la tumba la responsabilidad de la salvaguardia del patrimonio. Ella había sido el último vástago de una antigua familia. Toda su persona denunciaba esa inteligencia, esa calma de sentimientos, esa serenidad de espíritu consciente, que se ven reunidos en aquellos en quienes la sangre de muchas generaciones ha asimilado por fin los mejores elementos, de modo de poseer la suprema perfección de pureza.

¿Cómo pudo ser que Lars Björn llegase a conquistar y encadenar a su propia existencia y sin condiciones una mujer de tanto valer?

¿Cómo, por otra parte, había cifrado ella toda su felicidad en someter su voluntad al carácter naturalmente brutal de aquel hombre violento, y cómo ese mismo hombre violento había buscado la paz de su alma en su sumisión a aquella naturaleza tan dulce y que contrastaba tan enteramente con la suya? Lo cierto es que cuando ella en su juventud pronunció el "sí" sacramental, tuvo él un transporte de júbilo tan desmedido, que se creyó que iba a asfixiar a la tierna y grácil criatura en medio de sus abrazos. Pero ella supo oponer a esos arranques de impetuosidad aquella mirada placida y firme a la vez, propia exclusivamente de ella, y los transportes de Lars se convirtieron en demostraciones de respeto y curiosa santidad. Sin embargo, esta influencia no pasó más allá del tiempo que duró su unión. Lars había sido dominado, pero su carácter en realidad no se había suavizado ni modificado. Si se hubiera casado con otra mujer de diverso temperamento, con una mujer, por ejemplo, que con más abandono hubiese conservado un poco más de autoridad sobre él, como para hacer triunfar su suavidad de la aspereza de su marido, sus caracteres tan diferentes se habrían identificado poco a poco y las virulencias de Lars no se hubiesen contenido violentamente, como se contuvieron en presencia de aquella mujer impasible y tenaz. Ambos eran de aspiraciones tan opuestas que no podían comprenderse. Por eso, una vez que su mujer murió, el genio impetuoso de Lars estalló desencadenándose.

Transcurrió así algún tiempo, y el pobre Lars, después que hubo rabiado contra sí mismo y contra cuantos estaban cerca de él, sintiéndose abatido, exhausto, y experimentó una inmensa necesidad de reposo y recogimiento. Sin embargo, su naturaleza feroz e irascible, como ya hemos dicho, no había padecido ninguna suavización, ninguna mejora; porque cuando las tristezas y las preocupaciones no son soportadas con resignación, endurecen el corazón y conducen al egoísmo.

Este era el caso de Lars. Andaba de un lado para otro, con aspecto lúgubre y sombrío, como si hubiese formado el irrevocable propósito de no regocijarse más de nada, ni procurar ninguna alegría a nadie, él que tenía ocasión todos los días de poder hacer feliz a tantos. Sobre todo tenía siempre un humor intratable para con sus hijos. A sus ojos eran causa de la muerte de la madre, y los miraba como un perpetuo recuerdo de un pasado perdido para siempre, y considerado por él como la época más feliz de su vida. Por eso la vista de sus hijos no hacía más que aumentar sus iras, no podía tenerlos delante; no hallaba placer en sus sonrisas, y sus lamentos lo exasperaban.

Más tarde, cuando se diferenció el carácter en los dos gemelos, se acostumbró más a verlos; y luego, cuando a los dos años escasos comenzaron a demostrar el uno por el otro una profunda aversión y sentimientos bien diversos de los de los "hermanos siameses", cuando crecieron como ramas de un mismo tronco, brotadas en diferente dirección, Lars se sintió más atraído por ellos; y después, más tarde aún, cuando se les vió, a modo de lobeznos, arrojarse airados el uno contra el otro, Lars se reía a carcajadas.

Éso le hacía olvidar sus penas.

Los vecinos y extraños que llegaban a la granja presenciaban con disgusto estas escenas; pero nadie quiso cargar con la responsabilidad de hacerle indicaciones a Lars, y el odio entre ambos hermanos no hizo más que aumentar. Al principio los dos muchachos crecían sin que sus querellas tuviesen mal desenlace; pero no, por eso dejaba de echar en sus almas profundas raíces la perversidad.

No tardó en llegar el tiempo en que si salía alguno de los dos más favorecido que el otro, en cualquier cosa, se armaba en la granja un bochinche atroz; y hasta aun cuando la parte de ambos resultara igual, siempre hallaban pretextos de discordia. Porque ninguno de los dos podía ver en manos del otro cualquier objeto que él pudiera usar lo mismo. En fin, era un mutuo obstáculo, no sólo en la granja de Lukné, sino que lo serían lo mismo en cualquier ocasión de la vida.

—Tienes un buen par de muchachos—solía decir a Lars algún visitante que llegaba a la granja.

—¡Ah, sí, ya lo creo!—respondía el propietario con satisfacción;—son dos buitres de pico y garra. Ninguno de los dos cederá un palmo en nada al otro antes de haberse arrancado recíprocamente los pelos o las plumas.

Y el hombre de Lukné volvía a echarse a reír sujetándose los flancos, luego llamaba a Omond, porque decía que Omond era el mayor, porque había visto la luz algunas horas antes que su hermano Niels; pero apenas llamaba Lars a Omond, cuando Niels llegaba

(1) Así llaman en Noruega a los golfos de las costas.

(1) Björn en noruego quiere decir oso.

a todo correr a ver para qué llamaban a Omond, y si al darle a aquél alguna cosa, no le despojaban de ella a él. Cuando ambos hermanos estaban así, el uno al lado del otro, Lars echaba a la *marchanta* algunas monedas de cobre. Y entonces los dos hijos del cultivador se disputaban el botín, revolcándose, estrujándose y desgarrándose con uñas y dientes, ni más ni menos que dos perros azuzados se disputan un hueso.

—¿Y estos muchachos van a pelearse así hasta que sean hombres?—preguntó un día un vecino, cuando después de la riña los dos lobeznos, ensangrentada la cara y humeando las narices, seguían lanzándose miradas de odio crispando los puños.—Hará usted bien en dividir a Lukné en dos y separarla por un cerco. La granja, bien mirado, es bastante grande para ello.

—¡Oh!—exclamó irónicamente Lars Bjørn, que en aquel momento no se acordaba de su propio combate con el oso, —¡oh! la granja será del que pueda más. Trae tu moneda—continuó, dirigiéndose a Omond.—Eres el mayor y no has logrado sino la más pequeña. Trae la tuya, Niels. El que vuelva a agarrar la moneda mayor será dueño de la granja, ¡y el otro contentese con vivir de limosna!

En seguida lanzó Lars nuevamente por el aire las monedas, que cayeron en medio del patio de la granja, y los dos muchachos precipitáronse rabiosos el uno sobre el otro, con tanto ímpetu, que para poner fin a la batalla tuvieron que interponerse los espectadores, sin lo cual alguno de los combatientes hubiera perdido la vida.

Las cosas siguieron así en Lukné hasta la época en que los dos hermanos cumplieron los nueve años. Entonces ocurrió un acontecimiento que iba a hacer que la calma reemplazara durante algún tiempo estos cuadros sombríos y tristes, y si esta claridad no pareció al principio más que un rayo de sol filtrado por la rendija de una puerta, no debía, sin embargo, tardar mucho la noche en ceder el puesto a una aurora alegre y bendita.

Lars Lukné tenía por aquel entonces cuarenta y nueve años.

El peso de su tristeza se había aligerado con el transcurso del tiempo. Ya reía de buena gana, y hasta reía a menudo.

Cierto es que, hablando sinceramente, no era su risa una risa muy alegre, una de esas risas francas que brotan del corazón y que, según los filósofos, son indicio de independencia de espíritu.

Hubiérase dicho más bien que era una risa forzada, obligada; pero no por eso dejaba de ser una risa sonora, cuyos ecos parecían repercutir en el corazón.

Lars había visto varias veces en la iglesia a una joven viuda, cuyo marido había muerto poco tiempo antes, y que se veía desde entonces con su hija única, una niña de cuatro años, en muy precaria situación. Se escondía la pobre, tímida y casi vergonzosamente, detrás de una de las columnas, sin soltar la mano de su hijita y mirando con cierta especie de temor a los que la rodeaban.

Pero era muy linda, y lo era aun más con sus ropas de luto, tanto que muchas veces los jóvenes se le acercaban para decirle algún floreio.

Sin embargo, Ingeborg—tal era el nombre de la viuda,—pasaba impasible entre ellos, saludándolos fríamente, aunque al mismo tiempo la serenidad y bondad de su rostro hiciesen reincidir en sus piropos a los jóvenes admiradores.

Ingeborg había hecho profunda impresión en Lars Bjørn, que se sentía cautivado irresistiblemente por su hermosura. Mas, sin embargo, durante mucho tiempo se conservó apartado de ella, como si hubiera querido huir de ella.

Hacia ya seis meses que Lars había visto a Ingeborg por la primera vez; era domingo, y la pobre mujer se hallaba en su sitio de costumbre. A corta distancia de ella estaba un grupo de mozalbetes que seguían todos sus movimientos con los labios en sonrisa.

El servicio divino había terminado, y los fieles se retiraron en silencio, cuando se vio a Lars acercarse deliberadamente a la joven viuda. Caminó silenciosamente a su lado hasta salir del templo; y una vez fuera la habló de buyes perdidos, tomó de la mano a la niña y las acompañó solícito.

—Van en dirección a su casa—dijo uno de los jóvenes.

Aunque Lars no era muy pródigo en palabras, bien pronto comprendió la viuda por qué la trataba con tantas atenciones.

En el primer momento sintió que le daba un vuelco el corazón, y su boca temblorosa permaneció muda. Un violento combate librábase en su interior entre el deber de fidelidad que la ligaba aún a la memoria del difunto, y el femenino orgullo satisfecho al verse favorecida por un hombre tan proverbialmente rico como Lars.

Cuando llegaron a la esquina de la calle que debía seguir Ingeborg para llegar a su humilde habitación, la joven se detuvo un instante y se apoyó en un tronco de la empalizada. Las piernas se le doblaban.

Puso a la pequeña delante de sí; la pobre estaba pálida, muy pálida.

Lars también estaba callado, con las pupilas fijas en las de la viuda. Encontráronse sus miradas, pero había en las de Ingeborg tanta honestidad, tanta franqueza, que Lars no se atrevió a dar un paso. Sentíase dominado por el respeto.

Permanecieron así largo tiempo, inmóviles y sin pronunciar palabra. La cara del propietario, encarnada al principio, se fué volviendo pálida poco a poco, y adquirieron sus ojos insensiblemente tal expresión de cariñosa ternura, que los párpados de Ingeborg se

bañaron en lágrimas. La niña también se echó a llorar; y ninguno de los tres mudos actores de esta escena podía explicar la causa de semejante ataque de sensibilidad.

—¡Que Dios os bendiga, a ti y a la niña!—dijo por fin Lars, llevándose la mano a los ojos para enjugarlos.

—Gracias—dijo Ingeborg suspirando, y estrechó aun más a la niña contra sí.

—¡Vamos!—dijo él con gran alivio,—el martes pasaré por tu casa a preguntarte si el asunto puede arreglarse. Porque me parece que lo mejor es que desde el domingo próximo empecen a leerse en la iglesia las proclamas.

—Como usted quiera—dijo Ingeborg.

Se estrecharon la mano sin agregar palabra, y cada cual por su lado regresó a su casa.

Ingeborg pasó los días siguientes en profunda ansiedad. No hallaba alivio a su congoja sino en las lágrimas. Aunque hubiera querido resistir, no hubiera podido. El desaliento se había apoderado de ella hacia ya mucho tiempo. Después de la muerte de su esposo se había visto tan a menudo en lucha con la miseria, que la perspectiva de un segundo casamiento se le presentaba como una estrella que rompe de pronto con su lumbrer un velo de tiniebla. Era todavía tan joven, tenía tantas aspiraciones de felicidad, deseaba tanto la riqueza para sí y su hija, que la idea de mandar en una casa donde no faltara nada, podía más que cualquier otro pensamiento. Por eso, cuando el martes siguiente se presentó Lars con todo aplomo y la pidió su mano, escuchó su proposición con una sonrisa que equivalía a un consentimiento.

Si Lars Bjørn no hubiera tenido que conformarse



El pesimismo del lunes por la mañana.

a la ley y el uso, se sentía tan feliz, que hubiera celebrado sus segundas nupcias aquel mismo día. Mas tuvo que tener paciencia todo un mes, y esta demora sirvió para aumentar la firmeza de su resolución.

Por fin tuvo lugar el casamiento, y los festejos que le siguieron en Lukné fueron tan espléndidos como era de esperarse de la opulencia del hacendado.

Con la nueva mujer de Lars, tomaron las cosas de la granja un giro nuevo y mejor. Si Ingeborg no tenía la superioridad intelectual y la energía de voluntad de aquella que la había precedido en la dirección de la propiedad, poseía en cambio las grandes fuerzas de la belleza y la suavidad, y reinaba soberanamente, sin hacer sentir su autoridad.

No olvidaba un solo momento la humildad de su origen, y se creía obligada, por consiguiente, a no querer sino lo que Lars quería, mientras que éste, por su parte, tenía escrúpulos de hacer nada en contra del deseo de su mujer. Su mutuo acuerdo hacía pensar en una fuente que sigue su curso tranquilamente entre vergeles, sin poder convertirse nunca en torrente, pero sin poder retroceder jamás. Ingeborg fué siempre para Lars una amiga abnegada, tierna y reconocida, que no olvidaba jamás en qué circunstancias había cambiado el nombre de su primer marido por el de Bjørn, y Lars vivió siempre enamorado de ella. Certo es que ella tenía veinte años menos que él, y que estaba en la flor de la juventud. Por otra parte, cada día que pasaba parecía más linda, porque la tranquilidad del hogar y la falta de preocupaciones dieron más brillo a su tez.

Bajo todos los aspectos, fué aquella una época de felicidad para la granja y sus habitantes, pero la felicidad es tan frágil como la hoja de rosa que arranca y aja el menor ímpetu del viento.

Esta unión tranquila y apacible ejerció también su benéfica influencia en las relaciones de los dos hermanos gemelos, y si no alcanzó a producir en ellos un cambio radical, logró por lo menos favorables re-

sultados en otro orden de ideas. Lars no se sentaba ya en el umbral de la puerta, ni azuzaba ya a Omond y Niels para que riñeran, se insultaran y pelearan; por el contrario, el afecto de la madrastra, igualmente tierno e imparcial para con ambos jóvenes, no cesaba de darles buen ejemplo y estimularlos a la cordialidad. Esta bondad logró ablandar poco a poco sus endurecidos corazones e hizo vibrar en ellos las cuerdas del sentimiento.

Y si aún persistía en ellos algo de la vieja levadura, si cedían a veces a sus feroces instintos, habían renunciado por lo menos a las provocaciones recíprocas. Ya no iban, como antes, a uno y otro lado de la puerta de calle lanzándose miradas de odio; ahora, cuando los ojos dulces y tranquilos de su madrastra, tan cariñosa y linda, se pesaban sobre ellos, sentían vergüenza de su mutua aversión, y sentíanla mayor aún cuando la niña se paraba y los media de arriba abajo con sus grandes ojazos sorprendidos, huyendo en seguida temerosa. Aunque la pequeña no pronunciara una palabra, empleaba ese idioma del silencio, más elocuente que todas las voces de la tierra. Y los reproches o consejos de esta voz silenciosa penetraban hasta el corazón de los dos hermanos, haciéndoles reflexionar en lo que hacían y lo que debían hacer.

Ogott—este era el nombre de la niña—crecía jugando y rodeada de los dulces cuidados maternos.

De año en año ostentaba en los rasgos de su rostro y en la esbeltez de su figura la promesa de una belleza sin igual. Tenía el candor y la frescura del lirio. Sin que la niña tuviera la conciencia de ello, había en su fisonomía un no sé qué de concentrado que imponía respeto; y en su mirada, cuando la fijaba en alguien, una autoridad irresistible, sin ser imperiosa.

Esta apariencia de severidad no tenía ninguna influencia sobre su ingenuidad infantil, ni le impedía entregarse sin sujeción alguna a sus juegos. Pero los dos hermanos, sin embargo, sentían el poder de aquella fascinación inconsciente, y bajaban a menudo los párpados como dos delincuentes arrepentidos cuando se hallaban en su presencia, aunque Ogott hacía en aquel tiempo tanto caso de ellos como de un árbol del camino.

Este dominio, bajo el cual se doblegaban ambos sin que ellos mismos se dieran cuenta, dió germen a una rivalidad de nueva especie.

Los dos se esforzaron por lograr inspirar mayor simpatía a la hija de la madrastra. Pero Ogott no era muy pródiga en demostraciones de cariño, y mientras duraba la paz les recordaba con reproches la desunión que la había precedido. Y a pesar de todas las palabras zalameras que la decían, no podía olvidar que las mismas bocas que pronunciaban tan dulces palabras, habían, poco tiempo antes, prorumpido gritos y amenazas. Mas, aunque guardando de ese modo las distancias, era siempre suficientemente buena y cariñosa como para ejercer día por día una autoridad mayor sobre los dos hermanos; y cuando éstos se fueron dando cuenta poco a poco, de que cada palabra grosera o cada ímpetu de ira les perjudicaba en la estimación de Ogott, en esa estimación tan difícil de obtener y conservar, fuéronse por fin acostumbrando a contenerse, y este infierno sobre sí mismos, después de ser por largo tiempo un hábito, concluyó por convertirse en una segunda naturaleza.

Diez años transcurrieron así.

Ingeborg era siempre hermosa, y parecía que la flor del estío debiera perpetuarse al abrigo de los ataques del tiempo hasta el corazón del otoño sin que su corona de belleza perdiese uno solo de sus florones.

Lars continuaba siempre tan enamorado de ella como el día en que por la primera vez le dirigió la palabra al salir de la iglesia, y puesto que era su belleza el único lazo humano que los unía, era mejor para Ingeborg que no se desvaneciera y que la flor de su hermosura no se marchitase en un día, como sucede tan a menudo.

Hay días en otoño en que el sol caldea tanto, en que el aire es tan tibio, que la expirante naturaleza nos ilusiona con su apariencia de vida, de juventud y de exuberancia, aunque bien sepamos cuán engañosa es esa apariencia, que la gavia está agostada y que ya el gusano de muerte ha penetrado en el corazón del árbol.

Lo mismo sucedía con la belleza de Ingeborg. Había pasado con Lars una existencia fácil y holgada, pero bien se sabía ella que esa felicidad la debía a sus encantos personales, y no ignoraba tampoco que su imperio no podía durar toda la vida.

Por consiguiente, muchas veces se abismaba reflexionando con temor lo que sería de su vida en la vejez. Esta aprensión fué minando insensiblemente su existencia, y la muerte la sorprendió sin que nadie lo sospechara.

Lars se despertó entonces de su hermoso sueño, y miró con espanto en torno suyo. ¡Ingeborg muerta! ¡No, era imposible! ¡Ella, tan buena, tan bella, tan cariñosa y abnegada, y que parecía darle seguridades de una felicidad sin fin! ¡Qué! ¿También ella podía y debía morir? ¿Y bastaría un solo instante para que se realizara esta nueva desdicha?

Lars fué presa entonces de una desesperación mayor que la primera. Rogó a Dios, le suplicó, se prosternó ante El como el más humilde de los pecadores, se echó en la tierra y ofreció en sacrificio todo cuanto poseía, todo, excepto la vida, porque quería vivir con Ingeborg.

Pero Lars Bjørn tuvo que conformarse otra vez con la voluntad de Dios. Quince días después, Ingeborg dormía en la tumba, y en la granja de Lukné se bebía la cerveza de los funerales. Y la tal cerveza estaba tan admirablemente elaborada, que le valió a la difunta felicitaciones póstumas más sinceras que las que

había conquistado en su vida con su tranquilidad y dulzura de carácter.

Lars, pues, quedaba viudo por segunda vez; sus dos hijos acababan de cumplir diez y nueve años, y Ogott, que seguía siendo hija de la casa, cumplía los quince.

Durante los primeros tiempos después del entierro de Ingeborg, todo pareció conservar en Lukné un aspecto pacífico y cordial.

Los tres hombres permanecían prudentemente distanciados el uno del otro, dejándose recíprocamente la holgura necesaria para vivir sin estorbos; y a esto se reducen generalmente las condiciones exteriores de la tranquilidad. Lars estaba anonadado por la tristeza y el dolor, como si hubiese sucumbido en una lucha cuerpo a cuerpo y sintiera la rodilla del vencedor hincada sobre su pecho. Y se hubiera dicho que de ese pecho jadeante se escapaba un sollozo convulso, como si pretendiese infructuosamente sacudir el peso que lo oprimía.

Sin embargo, esta lucha no duró mucho tiempo. Su vitalidad tan poderosa podía amodorrarse por un tiempo, mas no desaparecer por completo todavía.

Al cabo de algunos meses había vuelto a su carácter habitual, y como ahora le faltaba el apoyo y compañía de su mujer, se volvió a encontrar como veinte años atrás, cuando perdió su primera mujer; pero la crueldad cuando se desarrolla en la juventud no es tan terrible ni repugnante como cuando se muestra tras de las facciones de un anciano. Por tremendos que hubiesen sido los pasados accesos de arrebatos y furor de Lars Lukné, no lo hicieron tan odioso a sus gentes como lo fue esta segunda vez en cuanto recobró todos los viejos defectos, su carácter indomable.

Ogott era la única que soportaba en Lukné con muda resignación las intemperancias del viejo propietario.

Cierto es que se la trataba como a hija de la casa, pero ella tenía conciencia de lo inseguro de su situación y se daba exacta cuenta de que podía llegar un momento en que faltara Lars, y que antes que sonara esta hora fatal podía sonar otra que la obligara a abandonar aquella casa, a cuya hospitalidad ya no tendría ningún derecho.

Sin embargo, había hecho el propósito de demostrar mientras permaneciera allí todo su agradecimiento por los beneficios que había recibido a causa de su madre, y por eso aceptaba sin murmurar la carga que le había sido impuesta, y sufría sin quejarse el malhumor y los injustos insultos de su padrastro.

Dos años transcurrieron, durante los que se vivió en Lukné en esas tristes condiciones, dos largos años, sin calma ni alegría.

En este tiempo Ogott fué confirmada, pero no hubo festejos en la granja.

Una mañana de otoño, al despuntar el día, se embarcaron en un bote Ogott con los dos hermanos y dos criados de la cabaña y atravesaron el lago. El libro de devociones de su madre era el único amigo fiel que le quedaba, y durante toda la travesía permaneció inclinada sobre él melancólica y silenciosamente. A la vuelta se sintió más confortada por la nueva alianza que venía de hacer con Dios, y sus ojos, que tan a menudo se clavaban sobre los dos hermanos con expresión de reproche o de amenaza, se fijaron de nuevo en sus rostros altaneros, pero más afectuosamente.

Nunca había visto tan clara y evidentemente como aquel día el mal natural y la crueldad de un padre transmitida a sus hijos por completo, ni tan patente en sus rasgos y gestos.

En aquel momento hubiera querido extender sus manos sobre ellos y bendecirlos como la había bendecido el sacerdote. Esta bendición la había fortificado dando aún a sus sentimientos mayor elevación.

¡Ah! ¡si los dos hermanos pudieran ser buenos y cariñosos con ella, que ya no tenía padre ni madre, ni hogar, ni apoyo!

Y su mirada llena de ternura se posó sobre ellos como interrogándolos.

Mas en aquel momento ellos ya no sentían por ella afecto fraternal. Por mucho tiempo habían ocultado ambos en los repliegues de su alma agitada sus íntimos pensamientos, y esta disimulación había contribuido a transformar sus aspiraciones en pasión.

Y ahora que tenían delante a Ogott radiante de belleza, interrogándolos con una mirada, en la que el reproche de antes había cedido el puesto a la dulzura, todo cuanto había germinado en sus corazones hizo explosión de golpe, como los capullos de las flores.

Cada uno de ellos no pensó en sus adentros más que en apoderarse del corazón de Ogott, del mismo modo que se disputaban en la infancia las monedas arrojadas por su padre; pero los dos guardaban secreto este designio, porque todavía, a pesar de las exuberancias de su naturaleza, obedecían a las timideces de la juventud.

Sin embargo, esta circunspección no fué muy duradera, porque el fuego que ocultaba era demasiado ardiente para no estallar.

Por otra parte, los caminos que seguían y que tendían al mismo fin, tenían lógicamente que encontrarse; tenían necesariamente que producirse un choque, por más cuidado que pusiera Ogott en evitarlo desde que comprendió lo que ambos pretendían. Ella hubiera deseado que la quisieran con cariño fraternal, mas no era éste el amor que encendía las miradas de los hijos de Lars cada vez que la encontraban.

Había otro hombre en la granja, que al mismo tiempo que ellos cortejaban a Ogott, todo lo observaba y nada perdía de vista; pero pasaba en medio de ellos rengo, murmurando palabras coléricas, o lamentándose de su suerte. Era Lars Björn. Si hubiese vivido en la ciudad, el contacto con otras personas hubiera servido de compensación al vacío de su corazón. Pero allí, en la soledad del campo, no tenía a nadie que sintiese por él la más mínima simpatía. Por eso vivía alejado



—¿Usted sabe quién soy yo?
—No, señor.
—Soy el teniente Pérez.
—¡Tanto gusto en conocerlo! Mi apellido es Domínguez, pero me llaman Jazmín del Cabo.

de todos, devorando sus penas y aguardando que la amenazadora tormenta que fermentaba con lentitud, pero de una manera segura, sobre su casa, viniera a traerle algún alivio y un poco de distracción.

Lars se había sentido revivir de pronto. Había oído resonar en el fondo de su ser algo como un eco de los gritos que lanzaba cuando se media con el oso. Sonreíase vaciando el jarro de cerveza que había hecho colmar para él solo; algunas veces solía trincar con sus hijos, aunque más a menudo prefería invitarlos por separado.

—¡Dos mancebos y una joven!—decíase riendo y golpeando la lengua contra el paladar.—Difícil cosa será decidir a cuál de los dos pertenecerá, a menos que el uno o el otro no tome la delantera como hice yo con el oso.

Los dos hermanos no se quitaban la vista mientras su padre hablaba.

No eran hermosos de cara, pero se ponían mucho más horribles cuando se median así, solapadamente, con los ojos, como si pretendieran provocarse a un combate a muerte.

Y Lars los miraba con aire burlón, divirtiéndose en atizar aún más su odio.

Reía y bebía, echado de codos sobre la mesa.

—¿Cuál de ustedes dos es decididamente el mayor?—les preguntaba sacudiendo la pipa para vaciar su ceniza.

Y como ninguno contestaba, en presencia de Ogott, que se inclinaba sobre el fuego, simulando no haber oído la pregunta, prosiguió al cabo de un rato después de haber vuelto a encender su pipa, cuyo tabaco chispeaba al inflamarse:

—¿No fué Omond quien dió el primer grito? ¿No?

Un murmullo de desaprobación oyóse en el rincón donde estaba Niels.

—¿Eh?—repitió Lars Björn, lanzándole una mirada imperiosa.—Tú no habías visto aún la luz cuando él ya había gritado. Así, pues, Omond es el mayor. El será dueño de la granja de Lukné, mientras que tú te encargarás de la hermana y edificarás para ti y para ella una casa donde quieras.

Y no es tan hermana mía como suya?—interrogó Omond, lanzando a Niels una mirada de odio.

Mas Niels no notó la ira de su hermano; en aquel momento contemplaba a la joven, que estaba de pie delante del fuego con el rostro encendido.

—Si ustedes pudieran entenderse—dijo Lars dando una carcajada; pero...

Omond le interrumpió golpeando a puño cerrado sobre la mesa, que resonó con estruendo. Y luego, levantándose de un salto, salió corriendo afuera.

—¡Oh, oh!—dijo su padre, sin dejar de reír.—Este muchacho no se decidirá jamás a compartir ni a ceder.

—Pues será preciso que se decida—replicó Niels, que permanecía sentado.

—¿A ceder la joven, o la granja?—preguntóle Lars, agregando en seguida: ¿y tú qué sabes?

—Yo sé lo que sé—repuso el joven.

—Pero piensa bien que ni tú ni él podéis casaros con vuestra hermana—objetó Lars.

—Ogott no es nuestra hermana—dijo Niels. Y levantándose fué a colocarse brutalmente al lado de la niña.

Ogott, asustada, estuvo a punto de exhalar un grito cuando sintió acercarse el hijo del cultivador, mas se contuvo y se contentó con mirarle a la cara.

La conversación, tan ofensiva para ella, que acababan de tener Lars y sus hijos, había hecho saltar las lágrimas a sus ojos, y su mirada suplicante y empañada se encontró con la inquietud y mala del mozo.

Retiróse en seguida toda temblorosa, y fué a encerrarse en su alcoba. Una vez allí dirigió al Señor una ferviente plegaria. Y tranquilizada y fortalecida por la oración, bajó al siguiente día a desempeñar como siempre sus quehaceres.

Estaba en el apogeo de su juventud, en todo el brillo de la belleza; pero estas circunstancias, en vez de serle, como a tantas otras, causa de alegría y de apego a la vida, no le servían sino para hacerla desgraciada.

Ya no podía hacerse la ilusión respecto a las intenciones de los dos hermanos; ambos estaban animados por la misma pasión y la misma terquedad. Compre-

ndía también que esta pasión que igualmente les dominaba la impedía mostrarse más afectuosa con uno que con otro y no hallaba salida a tal laberinto.

Si ella hubiera sentido mayor inclinación por alguno de los mellizos, hubiera sido para ella como una luz; pero no sentía por ambos más que profunda aversión y miedo irresistible. Era sin duda mejor que su corazón no se decidiera por ninguno de ellos, porque de ser así, tendría que ocultarlo para no cavar entre Omond y Niels un foso que nada hubiera podido colmar.

Por aquel entonces tuvo lugar un acontecimiento que debía poner bruscamente un fin a esta falsa situación. Produjose este suceso de una manera tan inesperada y repentina, que la misma Ogott no pudo conjurarlo.

Lars había sido, como ya lo hemos dicho, criado en la granja de Lukné antes de llegar a ser dueño. Era miembro de una familia pobre; y cuando se casó con la rica heredera, rompió toda relación con sus parientes para borrar su pasado.

La cosa, por otra parte, no le había sido muy difícil, porque a sus parientes tampoco se les importaba mucho de él.

Un día se presentó en la granja un muchacho que traía a Lars el último adiós de su hermana, muerta pocos días antes.

Esta noticia no era como para agradar mucho a Lars. Si su hermana hubiera muerto sin que nadie de los que le rodeaban se hubiese enterado del fallecimiento, Lars no habría exhalado un suspiro, ni vertido una sola lágrima. Pero como el muchacho le notificó la desgracia delante de todos, Lars todo avergonzado, echó mano de una máscara de hipocresía que hasta entonces no había usado jamás.

—Tu madre ha hecho mal—dijo a su sobrino, que permanecía de pie junto a la puerta, con aire compungido.—Debió escribirme dos letras; yo no hubiera dejado de socorrerla, y deploro que en sus últimos momentos se haya visto en la miseria.

El joven repuso que no se recurre a otro mientras puede uno bastarse a sí mismo, y agregó que su madre le había dicho más de una vez: “Todos tenemos que llevar nuestra cruz en el mundo.”

Al oír estas palabras, Lars se enjugó los ojos y alargó el jarro de cerveza a Thor—éste era el nombre del joven.—Y luego finalizó algunas reflexiones, diciéndole:

—Puedes quedarte aquí, Thor, si es de tu agrado, y vivir como vivimos nosotros. El joven agradeció a su tío el ofrecimiento, y vació su jarro de cerveza como en prueba de aceptación, y todo quedó arreglado y convenido.

Cuando Lars recobró su sangre fría, dijo aún a Thor:

—Harás el mismo trabajo que los mozos de la granja; de esa manera tendrás derecho a un salario, y será mejor para ti.

Thor fué de la misma opinión, y se dedicó con ahínco a su faena.

Al principio, los dos hermanos mostráronse benévolos con él. Uno de ellos lo había agasajado desde el primer momento, y esto bastó para que el otro le pusiese mejor cara todavía.

Pero Thor era un lindo muchacho de negra y sedosa cabellera y grandes ojos azules, limpios y brillantes, de frente inteligente y carácter siempre igual, y aceptaba siempre sin murmurar su parte de trabajo, ya fuera grande o pequeña.

Y Omond y Niels no tardaron en convencerse de que en comparación con él no salían bien parados, y por primera vez se dieron cuenta de que no habían recibido la belleza en don.

No obstante, por más franco que fuera Thor con todo el mundo, había momentos en que le gustaba apartarse del camino de los hermanos de Lukné.

Muy a menudo, después de terminadas las faenas, solía separarse de todos, para ir a reposar bajo un árbol, o se complacía en vagar solo en vez de sentarse en compañía de los demás en la cocina.

Por su parte, Omond y Niels, entregados por completo a su rivalidad, se alejaban de él más que podían, pues se sentían incómodos en su presencia. Mas las cosas cambiaron de aspecto cuando notaron por repetidas veces por Thor y Ogott solían encontrarse.

—Parece que vuestra hermana anda muy de acuerdo con el primo—insinuó Lars—que estaba sentado cerca del fogón, y bebía según su costumbre.

Y acompañó esta frase que dirigía a sus hijos con una mirada maliciosa.

Omond y Niels, con la pipa en la boca, ocupaban la otra extremidad de la mesa. Ogott acababa de salir de la cocina sin decir palabra, y Thor se había levantado, según tenía costumbre, con el último bocado.

Hubo un momento de silencio.

Los dos hermanos habían oído perfectamente la insinuación de su padre, pero no contestaron.

—¡Eh! ¡No hay nada que criticar!—continuó Lars después de algunos segundos de meditación.—Si se tienen simpatía, no veo obstáculo para que se entiendan; ella no tiene nada y él no ha tenido nada nunca; la cuenta se hace pronto.

—Yo conozco alguien que tendrá algo que observar—interrumpió Omond con ira.

Se había levantado y tenía la actitud de un luchador. La gran sombra que proyectaba sobre la pared llegaba hasta el techo.

—Y yo conozco otro—agregó Niels—con dura y penetrante mirada, y acentuando cada una de sus palabras, como si hubiera querido grabarlas sobre piedra. Sin embargo, permaneció sentado como aparentando estar tranquilo.

(Concluirá).



ECOS DE LA HUELGA SANGRIENTA EN ROSARIO



La manifestación de carácter patriótico y de apoyo a las autoridades constituidas, realizada el 14 del corriente, escuchando los discursos que varios oradores pronunciaron en la plaza 25 de Mayo.



Grupo de obreros detenidos en el local de la Federación Obrera y conducidos a la jefatura de policía, después de una reñida lucha sostenida con la fuerza pública, mientras ésta realizaba el asalto a la asociación mencionada.



Leonardo Lucio, argentino, herido el día 12 del actual, durante el tiroteo que precedió al desalojo del local de la Federación Obrera.



Simón Coronel, español, igualmente herido en la misma fecha y circunstancias que la víctima anterior.



Una ramita de ricino con el racimo de semillas que produce en su extremo.

El árbol del aceite de ricino

Alentado por el gobierno, el cultivo del ricino se ha extendido extraordinariamente en algunas regiones de los Estados Unidos, sobre todo en el estado de Florida. El aceite que se obtiene de las semillas de ese árbol el conocido "aceite castor" tan temible para los chicos, ha resultado ser el mejor lubricante para las maquinarias de los aeroplanos empleados en la guerra. De ahí que en los Estados Unidos se le llame "el aceite de la Libertad".

El ricino es un árbol que se reproduce y crece con asombrosa facilidad en nuestro país, particularmente en la región del litoral. Vale la pena ensayar su cultivo en proporciones de cierta importancia para la producción del excelente aceite de maquinaria. Por lo pronto, gran parte del "aceite castor" que empleamos para fines medicamentosos es producido y refinado en el país y ese aceite es, no igual, sino mejor que el importado.

La planta del "aceite castor", o "palma Christi" (*Ricinus communis*), pertenece a la familia de las euforbiáceas, el aceite se obtiene de sus semillas que se dan en racimos abundantes (ver ilustración). Es planta de clima templado y aun cálido: los cultivos más extensos y productivos existen en el sur de los Estados Unidos y en la India. Los fríos la perjudican al punto de que la planta no sobrevive a las heladas y es entonces anual, pero en comarcas cálidas adquiere desarrollo de árbol y dura años. En general le conviene el mismo suelo que al algodón y los cereales; un suelo muy fértil favorece el desarrollo del follaje pero disminuye la producción de semillas. La preparación del terreno es semejante a la que se hace para el algodón y para el maíz. Se siembra a principios de la primavera, en suelo un poco húmedo y a unos tres centímetros de profundidad. Hay variedades de semillas grandes y chicas; estas últimas deben ser sembradas más cerca que las primeras. Generalmente se planta en hileras separadas unas de otras unos cuatro pies y dejando entre planta y planta una distancia de tres pies. Estas distancias pueden ser considerablemente aumentadas en clima cálido y terreno fértil, pues las plantas adquieren mayor desarrollo. En cada hoyo se deposita dos o tres semillas y cuando las plantitas tienen de 12 a 15 centímetros, se sacan las más raquíticas y se deja una sola planta en cada hoyo. La variedad de ricino más apropiada para la explotación del aceite es la de semillas pequeñas, lisas, ovaladas, grises con rayas parduzcas.

Las labores del terreno durante el crecimiento de las plantas son semejantes a las que requiere un sembrado de maíz. Se extirpará la hierba inútil si invade excesivamente el campo.

La extracción del aceite de la semilla del ricino se hace por máquinas especiales pero por procedimientos iguales a los de la extracción del aceite de algodón y de semilla de lino. El mejor aceite se obtiene por presión hidráulica. Los residuos son usados como abono en las plantaciones de tabaco y maíz, pero a causa de contener un principio ponzoñoso no deben ser empleados en la alimentación del ganado. En efecto, las semillas contienen un veneno que puede ser de las más graves consecuencias para la persona.



Ejemplar joven de ricino, o planta del "aceite castor".

AVENTURAS DE PIPIRÍ

